

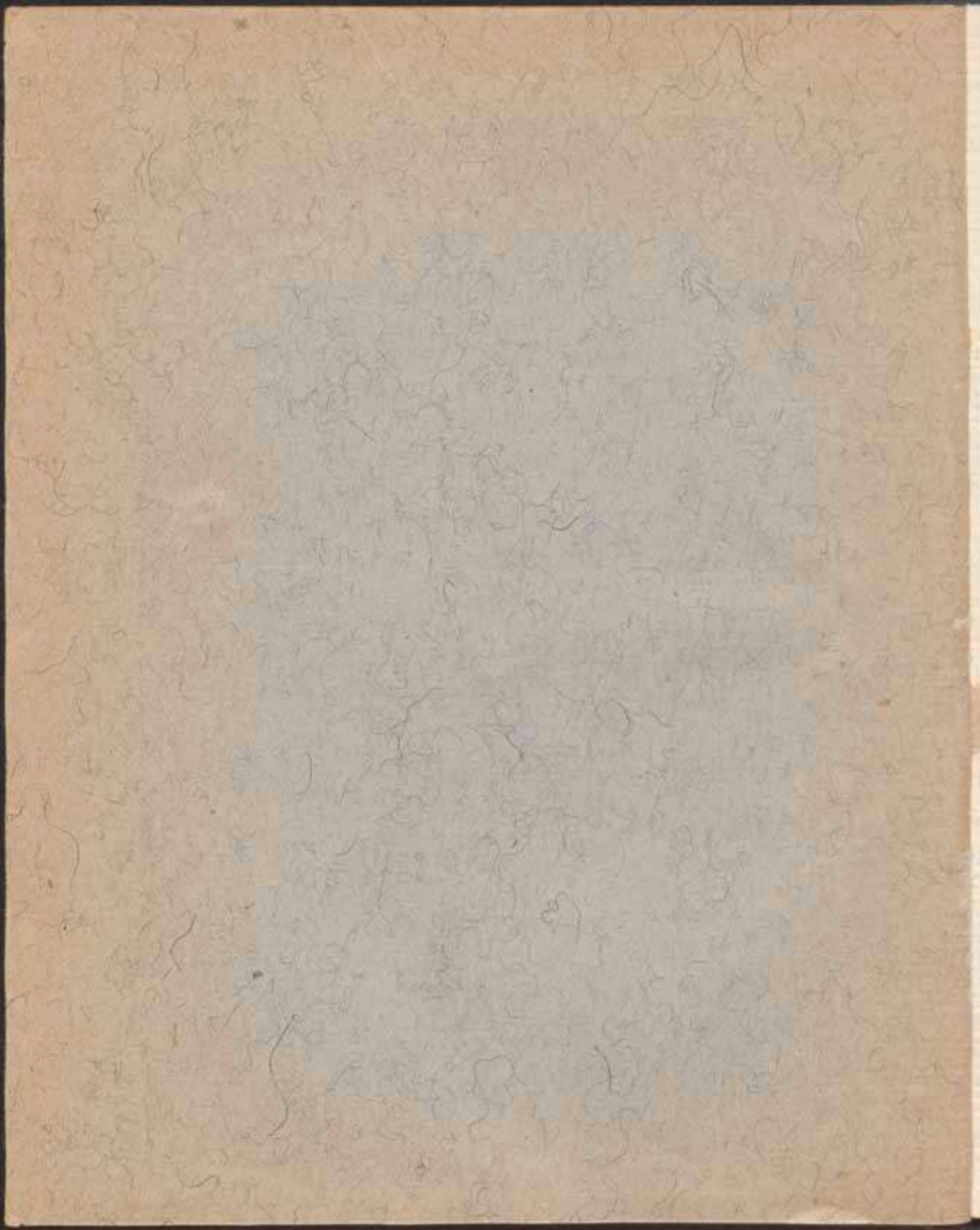
EL RAMAYANA



COLECCION FRANCE

LE 2731

143



Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes Premiadas en la Exposición de Leipzig

243

**EL RAMAYANA
DE
VALMIKI**



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT.

El censor,
Jaime Barrera Escudero
Presbítero

Barcelona 5 de Agosto de 1929

IMPRIMASE

† José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega de
la Lorena
Canciller-Secretario

P. 2.75 pts.

EL RAMAYANA DE VALMIKI

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA DE
CARMELA EULATE

CON ILUSTRACIONES DE
R. LÓPEZ MORELLÓ



Vol. 70°



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

EL RAMAYANA
DE VALMUKI



UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1100 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1100 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO	7
I.—Nacimiento de Rama y sus desposorios con Sita	11
II.—La perfidia de Kekeyi hace que Rama sea desterrado a la selva	24
III.—Sita acompaña a su esposo. Muerte y funerales de Dazarata	38
IV.—Bharata marcha en busca de Rama. Paso del Ganges. Aparición de las apsaras.	50
V.—Rama rehusa el cetro que le ofrece su hermano	62
VI.—Combates de Rama contra los infernales rakasas. Rapto de Sita	73
VII.—Hanumah intenta libertar a Sita y el Rakasa Vibisana ofrece su apoyo a Rama	86
VIII.—Los simios pasan el mar a pie enjuto. El demonio Indrajit hiere a Rama	99
IX.—Luchas frente a la ciudad de Lanka. Heroísmo de Hanumah. Primer combate de Ravanna y Rama	111
X.—Estragos causados por el demonio Kumbarcana. Rama le da muerte	122
XI.—Hanumah escala las cumbres del Himalaya. Lucha entre Ravanna y Rama que dura siete días y siete noches consecutivas.	134
XII.—Sita se arroja a la pira. Aparición de los Dioses para defenderla. Rama se ciñe la corona real	145

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El rey de los demonios	<i>Frontis</i>
	<u>Páginas</u>
-Recibe príncipe, el don de no sentir jamás...	19
Marcharon todos en dirección de la selva virgen...	51
... asió su pértiga de lapislázuli incrustada...	74
Trabóse entre ambos un combate...	84
... y luego deshizo las trenzas que había recogido...	92
No tardó el mar en sentir la acometida del Ragava	99
Imaginaron hacer venir al antro muchas mujeres...	124
... se adornó con valiosas preseas y joyas...	146

INDEX

1. Introduction

2. The first part of the book

3. The second part of the book

4. The third part of the book

5. The fourth part of the book

6. The fifth part of the book

7. The sixth part of the book

8. The seventh part of the book

9. The eighth part of the book

10. The ninth part of the book

11. The tenth part of the book

12. The eleventh part of the book

13. The twelfth part of the book

14. The thirteenth part of the book

15. The fourteenth part of the book

16. The fifteenth part of the book

17. The sixteenth part of the book

18. The seventeenth part of the book

19. The eighteenth part of the book

20. The nineteenth part of the book

21. The twentieth part of the book

22. The twenty-first part of the book

23. The twenty-second part of the book

24. The twenty-third part of the book

25. The twenty-fourth part of the book

26. The twenty-fifth part of the book

27. The twenty-sixth part of the book

28. The twenty-seventh part of the book

29. The twenty-eighth part of the book

30. The twenty-ninth part of the book

31. The thirtieth part of the book

32. The thirty-first part of the book

33. The thirty-second part of the book

34. The thirty-third part of the book

35. The thirty-fourth part of the book

36. The thirty-fifth part of the book

37. The thirty-sixth part of the book

38. The thirty-seventh part of the book

39. The thirty-eighth part of the book

40. The thirty-ninth part of the book

41. The fortieth part of the book

42. The forty-first part of the book

43. The forty-second part of the book

44. The forty-third part of the book

45. The forty-fourth part of the book

46. The forty-fifth part of the book

47. The forty-sixth part of the book

48. The forty-seventh part of the book

49. The forty-eighth part of the book

50. The forty-ninth part of the book

51. The fiftieth part of the book



PROLOGO

EL RAMAYANA es una de las maravillas de la literatura universal, y por este justo título no puede faltar en la «Colección de las Obras maestras» donde figuran ya LA ILÍADA, LA ODISSEA, LA ENEIDA, LOS ARGONAUTAS de Apolo- nio de Rodas, y los frutos más sazonados de la musa épica.

Durante muchos siglos apenas fué conoci- do EL RAMAYANA por las dificultades propias de la lengua indostánica en que está escrito, y por su extensión. Su autor es Valmiki, poe- ta de tan altos vuelos como Homero, y los sa- bios creen que debió escribirlo diez siglos antes de la Era Cristiana.

La Iglesia católica que veló durante la Edad Media, y en todos los siglos por los monumen-

tos de la cultura humana, y cómo no cierra sus puertas a ninguna obra de verdadero mérito, e interpretadas con nobilísimo criterio. EL RAMAYANA y las epopeyas aludidas, pueden ponerse en manos de los que deseen conocerlas y avalorar así sus conocimientos literarios.

La mitología india es tan complicada como la griega, pero es innecesario estudiarla aquí, bástame decir que su dios principal tiene el doble nombre de Vischnú y Krichnas; que llaman Brahma al dios omnipotente (a quien el pueblo judaico mejor instruído que los habitantes de la península indostánica, pues los judíos tuvieron en Moisés un Profeta revelador, llaman Jehová), que hay dioses secundarios que van encarnando las fuerzas de la Naturaleza. Así, al fuego, le denominan Agní, a la atmósfera, Indra, a la tormenta, Rudra, y a los diversos vientos los Maruts.

La India profundamente religiosa, tuvo siempre la idea de la inmortalidad del alma y de la lucha entre el bien y el mal; su literatura es inseparable de su religión y ambas impregnan la raza y el país.

La fantasía oriental se desborda en las sar-

gas del RAMAYANA tan maravillosas como los mismos cuentos de las MIL Y UNA NOCHES.

Admiremos las espléndidas descripciones del poema donde nos deslumbran la magnitud de los combates y la riqueza de las imágenes. Como en toda obra de arte hay siempre algo bueno, fijaos jóvenes en la sumisión del protagonista a la voluntad de su padre, en su respeto a los sacerdotes de su religión que aunque falsa, era la que ellos consideraban verdadera, en el amor que une fraternalmente a Rama y a Bharata y sacaréis a la vez que distracción con la amena lectura de esta obra, algún fruto beneficioso que os ayude, deleitándoos, a avanzar por el camino del bien siguiendo los consejos de vuestros sabios maestros.

Si así lo he conseguido, se habrán colmado los deseos que me impulsaron a haceros conocer la leyenda fantástica del príncipe indio.

CARMELA.

The first part of the book is devoted to a general
 introduction of the subject. The author discusses
 the importance of the study and the scope of the
 work. He then proceeds to a detailed examination
 of the various aspects of the problem. The
 author's analysis is thorough and well-organized.
 He presents a clear and concise account of the
 facts and circumstances surrounding the case.
 The book is a valuable contribution to the
 literature on the subject. It is well-written and
 easy to read. The author's expertise is evident
 throughout the work. The book is a must-read
 for anyone interested in the field.



CAPITULO PRIMERO

NACIMIENTO DE RAMA Y SUS DESPO- SORIOS CON SITA

El Mal triunfaba sobre la tierra. Los raka-
sas seres formidables, mezcla de hombres y de
demonios, habitaban como enjambres, la her-
mosa isla de Ceilán, donde habían edificado
una ciudad a la que denominaron Lanka. Su
jefe era Ravanna, quien podía asumir diferen-
tes aspectos, y tenía cien cabezas que retoña-
ban sucesivamente, siendo preciso cortarlas
una tras otra, para darle muerte.

* * *

Existía en la India un asceta muy versado

en la ciencia de los Vedas, el cual interrogó a Narada, el gran Brahmán preguntándole :

—¿Cuál es actualmente en el mundo el hombre fuerte, justo y firme en sus votos?, ¿cuál es el más útil a sus semejantes?, ¿cuál es aquel que es dueño de sí mismo ; que doma su cólera, que está lleno de gloria, y no conoce la envidia? Dime, ¡ oh ! gran asceta, si puedes hacerme conocer un hombre tal, y dónde se encuentra.

Narada, el que había inspeccionado los tres mundos oyendo estas palabras de Valmiki, le respondió :

—Conozco un hombre como el que me has descrito ; es el descendiente de los reyes de Isvakú, de la estirpe de Ragá y se llama Rama ; escucha su historia que puede considerarse como una leyenda provechosa. Escríbela, titúlala **EL RAMAYANA** o poema de Rama, y la persona que la conozca quedará limpia de todas sus faltas, pues **EL RAMAYANA** encierra tanta santidad como los mismos libros de los Vedas.

Esta es la razón por la cual Valmiki escribió la historia del príncipe anacoreta, conforme a la verdad, cumpliendo el deseo de

Narada, que le encomendó el divulgarla por el mundo.

* * *

Había por entonces un gran Imperio establecido en las riberas de un caudaloso río; su capital era Ayodia, ciudad fundada por Manú el conquistador, al que puede considerársele, por su genio, como un ser sobrenatural. Esta ciudad, que ocupaba doce yojanas de largo por tres de ancho, estaba atravesada por calles amplísimas y numerosas, siendo la principal la llamada Vía Real, con acequias y siempre llena de flores.

El rey Dazarata, que gobernaba el país, embelleció la capital y para este objeto, le puso torres en sus murallas y puertas con dos batientes que giraban sobre férreos goznes. Los habitantes ocupábanse en la construcción de toda clase de artefactos de guerra, siendo también habilísimos orfebres y tejedores de lana y seda.

En lo alto de las torres ondeaban siempre los estandartes, y amplísimos fosos protegían

la ciudad haciendo imposible tomarla por asalto. Los reyes de los contornos venían a rendir homenaje a Dazarata trayéndole sus tributos, y los mercaderes acudían a Ayodia a vender sus más costosos productos, y sus más refulgentes joyas. Mujeres hermosísimas paseábanse continuamente por el recinto en el que no cesaban de oírse las músicas de los clarines, los tambores y las trompetas, y de vez en cuando elevábanse dulcísimas melodías acompañadas por el laúd.

Los guerreros de Ayodia eran hombres acostumbrados a matar leones, tigres y furiosos jabalíes en los bosques, pero estando la ciudad dividida en castas, no eran los hombres de armas los más ilustres, sino los sacerdotes, ocupados en conservar el fuego divino, y conocedores de la liturgia de los sagrados cantos de los Vedas.

Los miembros de las cuatro castas honraban al Rey y al frente de todos colocábanse los brahmanes, que eran los que más gloria daban a los dioses.

Rodeábase el rey de altos consejeros, y con ellos habíase lamentado más de una vez de no tener descendencia masculina que pudiese heredar su omnipotente cetro.

—La privación de un hijo llena mi pecho de dolor, les dijo Dazarata, y quiero consultaros si no podría obtenerle ofreciendo un gran sacrificio a Vischnú.

Aprobaron el propósito los brahmanes, y Vasista, el más sabio de ellos, contestó al rey que era lícito poner en práctica en aquel caso el ceremonial de los sacros ritos implorando de la Eterna Bondad, la realización de tan justo deseo.

Ordenáronse preces y ayunos en toda la ciudad, y el mismo rey mandó que se purificasen las cuatro esposas legítimas que tenía conforme a las leyes del país, lo que obedecieron ellas sin demora. Transcurrieron los días destinados a las ceremonias litúrgicas, y Dazarata repartió extensas tierras entre los brahmanes, dando a los súbditos de otras castas, ricas joyas y cantidades en oro, y vacas y otros animales a los que preferían estos donativos al precioso metal.

Una vez terminado el reparto que se hizo justificieramente, Vasista acudió a comunicárselo al Rey.

—Soberano Señor de la tierra — dijo—, tendrás de tus esposas cuatro hijos varones que perpetuarán tu gloriosa raza.

* * *

Vischnú, no permaneció sordo a la invocación de los eminentes Suras, y accedió gustoso a que un destello suyo alentase en el alma de aquellos príncipes, pues debía luchar el primogénito contra el terrible Ravanna, jefe de los infernales demonios, azote de la Humanidad, el que no hallaba gozo más que destruyendo todo germen de virtud.

Un bebedizo maravilloso había sido compuesto por los Suras después del sacrificio litúrgico; de este licor sobrenatural, hizo Dazarata que fueran bebiendo una tras otra sus cuatro esposas. La primera en observarlo fué Kozalia, que engendraría a Rama el primogénito de los Ragava, aquel que debiera heredar la bondad de Vischnú, y que mostró

desde la infancia hermosos ojos, labios de púrpura, voz vibrante y robustos brazos.

La reina Kekeyi dió al mundo un hermoso niño, que recibió el nombre de Bharata, y fué también dotado de excelsas cualidades. La reina Sumitra tuvo dos hijos, Lanmana y Satrunna, cuyos nombres fueron escogidos por el brahmán Vasista, y la cuarta esposa resultó estéril.

Grandes festejos solemnizaron el nacimiento de los príncipes, pero desde la cuna notóse la supremacía del primogénito Rama, pues aun en tierna edad fué experto en el manejo del arco, en la equitación y diestro para conducir un carro.

Lanmana trataba siempre de imitar al hermano mayor y no se apartaba jamás de él, durmiendo en su misma estancia. Todos ellos fueron excelentes lectores de los grandes libros de los Vedas, y se señalaron por la absoluta obediencia al Rey su padre.

* * *

Vivamitra, el más célebre de los brahma-

nes, hasta quien llegó el relato de las ínclitas virtudes de Rama, presentóse a Dazarata para pedirle que le confiase la educación del adolescente príncipe, y otro brahmán solicitó llevarse consigo a Bharata.

Vivamitra dirigióse al Rey en estos términos:

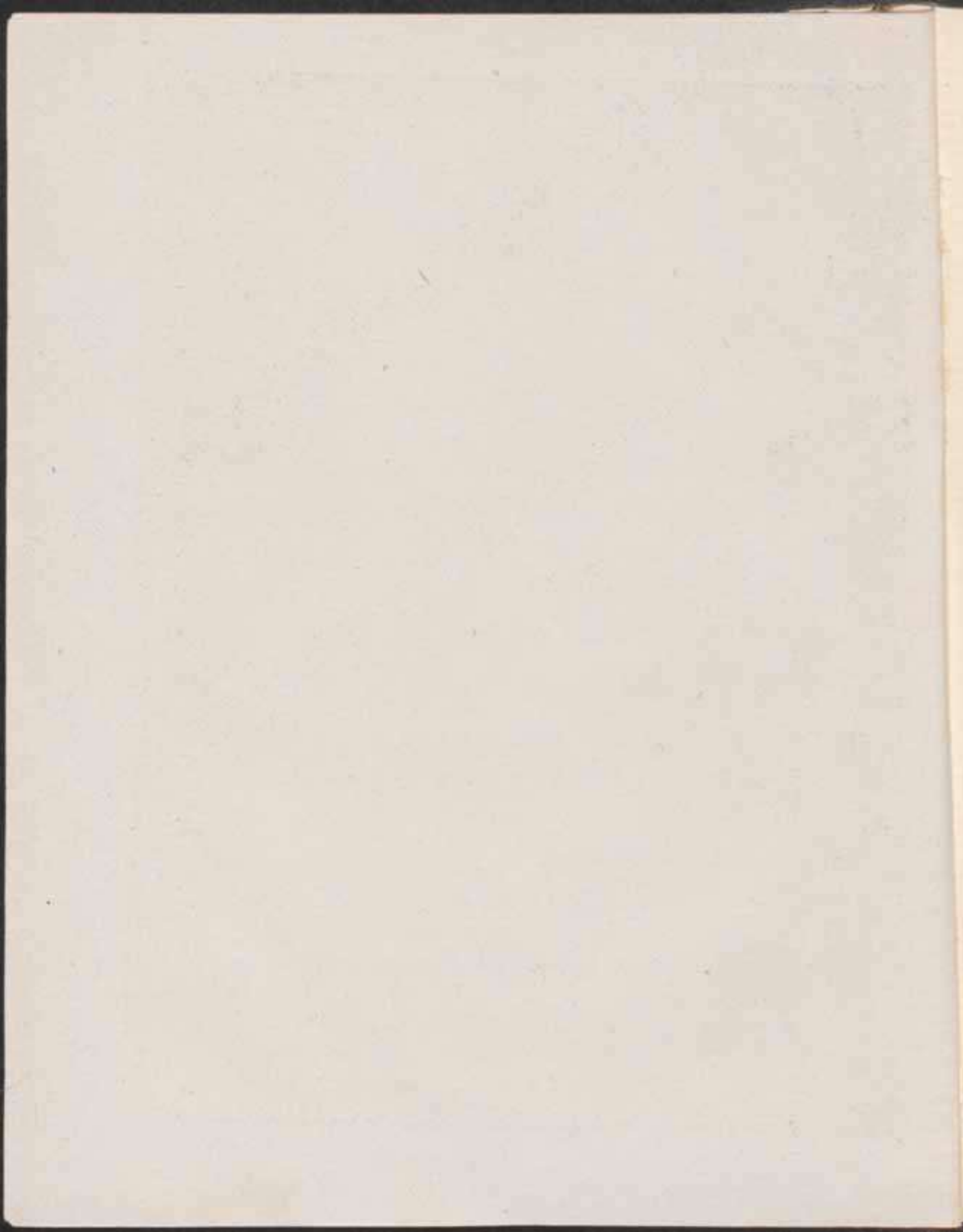
—Confíame tu hijo primogénito, el valeroso, el incorruptible, aquel sobre cuya frente caen los cabellos tan negros cual las plumas del ala del cuervo. Le enseñaré a luchar contra los pérfidos enemigos, y él vencerá a Ravana, el jefe de los rakasas. Rama es algo más que tu hijo, ¡oh, Rey! Yo que conozco la esencia de sus virtudes, te conjuro a que me lo confíes.

Cesó de hablar el asceta, y el rey, sobrecogido por la magnitud del sacrificio que se le pedía, vaciló en su trono.

No bien recobró el uso de la palabra, cuando negóse a lo que de él exigía Vivamitra, y la cólera del brahmán hizo temblar la tierra entera, llenando de espanto a los seres sobrenaturales. Vasista intervino y habló al Rey de esta suerte:



... el rey procedió a unir a Bharata...



—Consiente, Señor, en lo que te se demanda, y pues Rama está destinado a luchar contra Ravanna, permite que en la soledad y el ascetismo, al lado de este ilustre maestro, aprenda a ser virtuoso, y magnánimo. Es por el bien de tu hijo que el anacoreta lo solicita.

El Rey ya no se resistió más, y como Lanmana no quería separarse del primogénito, ambos príncipes marcharon con el brahmán.

* * *

Por todo el camino que iba recorriendo Rama, brotaban flores a su paso, y cuando llegaron a orillas del río llamado Sarayú, Vivamitra, cogiendo agua en el hueco de la mano, dijo así:

—Recibe príncipe, el don de no sentir jamás la fatiga, ni la fiebre, las pasiones no te atormentarán, y nada sobre la tierra igualará a la fuerza de tu brazo, ni sobrepujará tu hermosura, tu ciencia, ni la profundidad de tus pensamientos. Toma esta tablilla, en la que está grabada la recitación que has de hacer a Bahlah, y gracias a este conjuro, no conocerás nunca el hambre ni la sed.

Las estrellas de la noche brillaron en lo alto iluminando el firmamento, y los dos príncipes se tendieron sobre un lecho de césped confortados con las palabras del brahmán. Apenas la aurora apareció por Oriente, cuando Rama tomó la primera ablución cotidiana que le había sido prescrita, y sumergiéndose en las ondas del río, recitando al mismo tiempo la plegaria.

Más tarde marcharon a la ermita que les albergaría, y comenzaron allí a entregarse a las prácticas del ascetismo, que debían santificarles.

Vivamitra, en el curso del tiempo, preparó poderosas armas, las que fué entregando a Rama, quien las recibía con la faz vuelta hacia Oriente, y murmurando preces fervorosas.

Las armas tuvieron por un momento uso de la palabra, y se expresaron así:

—Estamos en tu diestra para servirte, ¡oh noble príncipe! y jamás fallaremos un solo de los golpes que asestes con nosotras, y realizaremos cuanto te propongas.

Entonces los dos hermanos dirigiéronse a una cabaña donde habitaba el ermitaño Sidah, y Vivamitra, que les acompañaba, comenzó

la santa ceremonia, mediante la cual los jóvenes príncipes aprenderían a domar la rebelión de sus sentidos.

Después de una noche de austeras maceraciones, se levantaron a la aurora, y acompañaron a Vivamitra en la invocación que éste hizo al dios Agní; soberano del Fuego.

* * *

Terminada la enseñanza religiosa de ambos príncipes, fué decidido que Rama y Lanmana se dirigiesen a visitar al rey de Mitila de quien se contaban grandes alabanzas. Este poseía un arco indestructible que había sido donado a su predecesor para premiar sus energías físicas.

El rey manifestó a los príncipes lo siguiente :
—Se necesita fuerza sobrenatural para doblar este arco, y nadie podría quebrarlo. Voy a referiros ahora una historia que despertará vuestro interés. Es como sigue :

Encontrábame arando la tierra cerca de mi palacio, cuando en uno de los surcos apareció un ser pequeñito, nacido sin madre. Le ha da-

do el nombre de Sita, y amo a esta niña más que a mis propias hijas habiéndola educado como a una de las princesas mitilenas. Es tan grande su belleza, que los más poderosos príncipes de las naciones cercanas, han venido a solicitarla en matrimonio, pero yo los he rechazado, porque quiero para ella un esposo más fuerte que los demás hombres. Indignados aquellos a quienes rehusé la mano de la princesa de los grandes ojos semejantes a una flor de loto, vinieron a sitiar y a asaltar mi ciudad de Mitila combatiéndome por el espacio de un año entero, pero he logrado vencerlos, y todos alejáronse de estas murallas, después de haber agotado en el asalto sus fuerzas. Mostraré Sita a los príncipes Rama y Lanmana y si cualquiera de ellos es capaz de tender este arco que exige una energía sobrenatural, él será el esposo de la niña nacida del seno de la tierra.

Escuchando este relato, Vivamitra, que estaba presente y que tenía formado el más alto concepto del vigor y de las virtudes de Rama, dijo al rey :

—Trae el arco, y entrégaselo al hijo primogénito de Dazarata.

Así se hizo, y Rama abrió el cofre que contenía el arma maravillosa y después de haberlo tendido, lo rompió entre sus manos.

Prodújose un ruido formidable, tembló la tierra, y la montaña cercana estremeciéndose en sus cimientos. Entonces el rey de Mitila seguro de la fuerza de Rama, concedió a éste la mano de Sita, y la de su hija Urmilá a Lanmana. Luego despachó embajadores al rey Dazarata, rogándole que consintiese en el enlace de los jóvenes, ya que él no hallaría jamás para la princesa nacida del seno de la tierra, un esposo como Rama.

CAPITULO II

LA PERFIDIA DE KEKEYI HACE QUE RAMA SEA DESTERRADO A LA SELVA

Llevóse a cabo en Ayodia la ceremonia nupcial con toda la pompa y esplendor correspondientes a los nobles desposados. Vasista recitó las preces litúrgicas, colocó a Sita delante de una gran pira, y enfrente de la joven a Rama, pronunciando estas palabras:

—Recíbela Rama por tu esposa, pon su mano en la tuya, sé feliz a su lado, y que ella te siga a todas partes como la sombra al cuerpo.

Luego derramó agua lustral sobre la doncella, descendió de las alturas copiosa lluvia de flores, y terminado el acto, el rey procedió a unir a Bharata con la princesa Mandaví, a Lan-

mana con Urmilá, y a Satrunna con Kruzakirti. El espectáculo de los cuatro reales desposorios era maravilloso, y acudieron a presenciarlo, desde todos los ámbitos del Imperio, los más nobles guerreros y las más bellas mujeres, dejándose oír cantos de celestiales armonías, después que las cuatro parejas danzaron a los acordes de un ritmo sacro en torno de la pira consagrada.

Terminado el baile y mientras los que asistieron a la fiesta continuaron regocijándose, los cuatro príncipes y sus bellas esposas, retiráronse a sus tiendas, acompañándoles hasta el umbral el propio rey Dazarata.

* * *

El rey de Mitila volvió a su país después de haber hecho espléndidos regalos a los desposados, consistentes en riquísimas telas, bellas alfombras, y numerosos elefantes que venían cargados de valiosas preseas, seguidos por caballos enjaezados y carrozas.

No bien se alejó el rey de Mitila, gritos agudos lanzados por tétricas aves infundieron el

espanto entre los hombres y las bestias. Dazarata interrogó a Vasista, el cual le predijo que una gran desgracia vendría a abrumarle.

No tardó en descargar una nube de ceniza sobre el ejército que se había reunido a presenciar las nupciales ceremonias y en medio de la densa bruma producida por ella, el rey apercibió el espíritu de Bhrigú, considerado como el azote de los reyes. Ostentaba un hacha suspendida de su espalda, y su aspecto era tan aterrador, cual si el rayo hubiera tomado forma.

Los brahmanes, a ejemplo de Vasista, postráronse en tierra y comenzaron sus oraciones para apartar el formidable peligro que les amenazaba a todos, y cual si presintiesen que su salvación estribaba en el magnánimo joven que se había unido a Sita, lo invocaron por su nombre exclamando:

—Oh! Rama... Rama... Rama!...

* * *

Poco tiempo después Dazarata concibió el proyecto de asociar a Rama a su gobierno dán-

dole participación en las decisiones de la corona.

Este acuerdo regio fué recibido con aplauso por los brahmanes, que conocían las virtudes ascéticas del príncipe, muy versado en la lectura de los libros de los Vedas, y por el pueblo, que admiraba su magnanimidad, su gentileza y su bondad. Siempre que Rama podía, informábase personalmente, cual puede hacerlo un padre con sus hijos, de todas las preocupaciones de los súbditos con quienes departía amistosamente. Al padre le interrogaba sobre su familia, al mercader sobre sus negocios, y al maestro sobre sus discípulos, de manera que no había nadie que no le conociese y no le amara.

Ordenó Dazarata que se hiciesen los más grandes preparativos para proceder a la consagración de Rama, el cual aunque no la había solicitado, la esperaba gozoso con el filial deseo de ser útil a su venerable padre.

La terrible rakasa Mantara apercibióse del júbilo de la ciudad de Ayodia, toda engalanada de guirnaldas de flores y resonante de cánticos cuyas estrofas eran sacadas del libro de

los Vedas. Ebria de furor ante la alegría de los súbditos del rey Dazarata, deslizóse como una sombra, y logró penetrar en la alcoba donde dormía la reina Kekeyi, segunda esposa de Dazarata, y la más amada de todas por su esplendente belleza. Sacudió la rakasa el brazo de la reina para despertarla, y dijo así:

—¿Cómo puedes entregarte al reposo, cuando el más terrible peligro te amenaza? Si el rey te prodiga sus caricias, es un pérfido porque prefiere a la reina Kozalia, aquella que como tú bebió el brebaje mágico, y es madre del primogénito Rama. Dazarata ha enviado a tu hijo lejos de aquí con pretexto de perfeccionarle en la virtud, pero es para poder con toda tranquilidad asociar a Rama a su corona, y desposeer a tu hijo.

Kekeyi, dudando, trató en un principio de rechazar a la diabólica tentadora, mas ésta insistió tanto humillándola en su orgullo materno, que la reina arguyó:

—Enséñame el medio de perder a Rama en el concepto de su padre, y conseguir que en lugar del primogénito, asocie a mi hijo Bharata a la corona.

Logrado su infernal intento de seducirla, Mantara recordó a la reina la promesa que una vez le hiciera Dazarata cuando Kekeyi le recogió moribundo sobre el campo de batalla, y lo condujo en sus brazos hasta el palacio. Quiso Dazarata premiar su abnegación conyugal, y ofreció concederle los dos primeros favores que solicitase, pero la reina aplazó el formularlos, diciendo que nada deseaba en aquel momento que el rey no le hubiera concedido con creces.

—Ahora es el instante oportuno de recordar al rey su promesa, dijo Mantara, y pues tienes dos favores que obtener, pídele que destierre a Rama a los bosques por el término de nueve años y cinco más, y asocie a tu hijo Bharata a la corona.

* * *

Cumpliendo las instrucciones de la rakasa, Kekeyi se retiró a un lugar solitario y allí fué a buscarla el rey, encontrándola tendida en el suelo, despojada de sus joyas, y bañada en llanto. A las reiteradas demandas del mo-

narca, expuso Kekeyi el motivo de su desesperación, que era el ver preterido a su hijo, y exigió del rey el cumplimiento de las sagradas promesas que le hiciera sobre el campo de batalla.

Dazarata negóse a complacerla, gimió y suplicó a su vez, pero como su esposa le tenía dominado, y ella mostrábase inflexible, consintió en el destierro del primogénito, y en consagrar más tarde en lugar suyo a Bharata.

Entre tanto, habían terminado los preparativos para la ceremonia de asociar a Rama al gobierno, y el príncipe aclamado por el pueblo, y marchando bajo arcos de guirnaldas de olorosas flores, se dirigió al lugar designado para la ceremonia.

Allí aguardaba el rey en su trono de oro incrustado de pedrerías, y teniendo a Kekeyi a su diestra. Rama turbóse profundamente al contemplar el demudado rostro del monarca, y no pudo comprender el motivo por el que le acogía con tan marcada frialdad.

—¿Os he ofendido, padre mío, por error?

—dijo el noble príncipe.

Viendo que no obtenía respuesta, continuó:

—¿Queréis decirme, excelsa reina, si lo sabéis, qué es lo que aparta de mí el corazón de mi padre?

Kekeyi resuelta a apresurar el desenlace, respondió:

—El rey, ¡oh Rama! no está descontento de ti, pero me ofreció en otro tiempo concederme las dos cosas que le pidiera, y teme que ellas puedan lastimarte.

Oyendo estas palabras, Rama, se serenó, y repuso:

—Que mi padre no se aflija, cumpliré sin vacilaciones cualquier orden que se digne darme, aunque fuese la de arrojarme al fuego, la de beber un veneno mortífero, o la de precipitarme en el mar. Eso debe hacerse sin discusión, cuando lo mandan un padre, un rey, o un brahmán. ¿Has oído mis palabras, nobilísima princesa? Habla.

—He pedido al rey que te destierre a los bosques por espacio de nueve años y cinco más, y consagre en tu lugar a tu hermano Bharata. He aquí por qué el rey, que tanto te ama, encuéntrase entristecido, y tú debes facilitar el cumplimiento de estas promesas, y

calmar con tu obediencia la angustia de su corazón.

Oyendo tan crueles palabras, Rama respondió con inalterable mansedumbre :

—Mi padre no debe apenarse por el temor de que queden sin cumplimiento sus promesas. Yo marcharé a los bosques, haré allí vida de anacoreta, y me vestiré el áspero sayal de los ermitaños ; lo único que me apena es que el mismo rey no me haya informado de la coronación de Bharata, pues yo cedería de buena voluntad a mi hermano, mi reino, mi vida, cuanto poseo y aun mi misma esposa Sita, si él me la demandase. Enviense, pues, mensajeros a Bharata, y yo me retiraré inmediatamente a la selva virgen de Dandaka.

* * *

Kozalia, por su parte, lloraba en el palacio amargas lágrimas, y Rama intentó consolarla manifestando que no puede haber desdoro ni pesadumbre en cumplir exactamente la voluntad de un rey y de un padre, tal como habían hecho sus antepasados los Ragavas. Lue-

go solicitó la cooperación de su hermano Lanmana para calmar el desconsuelo de la infortunada reina.

Sus palabras no lograron secar las lágrimas de Kozalia, que le veía firme en el propósito de retirarse a los bosques y no prevalerse del afecto que su padre le profesaba para impedir la pérfida acción de Kekeyi.

Lanmana tuvo un arrebato de furor que le asemejaba a uno de los elefantes que custodian a Indra, y cuyos ojos sanguinolentos arrojan llamaradas. Rama siempre dueño de sí mismo, le apostrofó con estas palabras:

—¿Quién es el hombre que puede luchar contra el Destino, puesto que este es intangible? Sólo contemplamos su obra, la dicha y la desventura, el temor y la cólera, el ser o no ser, todo se encuentra en el hueco de la mano del Destino. Yo quiero someterme a sus decretos, y así, pues, haz como yo, y no te entristezcas, déjame que ejerza mi realeza en medio de la selva. Mi madre debe doblegarse también ante el Destino y no guardar rencor a nuestro hermano Bharata.

Lanmana, tras de un breve silencio, repli-

có ofreciendo al ragava luchar contra el Destino e intentarlo todo, incluso desposeer a Dazarata del cetro del que hacía tan mal uso, y consagrar a Rama entre las aclamaciones del pueblo, pero el príncipe terminó la disputa diciendo así :

—¡ Déjame ! Estoy resuelto a obedecer a mi padre, y certísimo de que esta es la vía segura.

Kozalia dió su despedida a Rama bendiciéndole y pidiendo que el Señor de todos los mundos, Brahma, creador de los elementos, le protegiese durante su estancia en los bosques.

Faltábale aún al magnánimo príncipe, la más dolorosa prueba, el decir adiós a la bellísima esposa que tanto amaba y de quien tan amado se sabía. Comunicóle brevemente las circunstancias que hacían imposible su consagración y el deber en que se encontraba de ir a habitar durante catorce años en la selva de Dandaka, encareciéndole que durante su ausencia procediera en la corte con la mayor cautela, considerase a Bharata como verdadero rey, sometiéndose a su voluntad, y no pro-

nunciando jamás el nombre de Rama, para no hacerse odiosa a los príncipes ni a los cortesanos.

Sita protestó. Hasta entonces había obedecido sin réplica la voluntad del esposo, pero siendo él el único objeto de su amor, no quería palacios ni joyas, sino hallar en la selva virgen albergue al lado suyo.

Moviendo la hermosa cabeza realzada por sus negros cabellos, Rama se opuso al deseo de la linda joven diciéndola.

—Renuncia a tu designio de acompañarme. El bosque es muy peligroso; en él se oyen horribles rugidos de las fieras que desde las cavernas nos anuncian su presencia cercana, y este ruido domina el fragor del agua que se precipita en cataratas. Las fieras son uno de los peligros del bosque. Hay también inmensas charcas pantanosas donde pululan los cocodrilos y que hacen las rutas de las montañas impracticables aun para los elefantes de gruesas patas. Este es otro de los peligros del bosque. Las plantas venenosas y los arbustos se entremezclan, carécese en muchos parajes de agua, las veredas son pedregosas, hay que

dormir durante las noches sobre la tierra húmeda y desnuda, aunque el cansancio nos agobie. Este es otro de los peligros del bosque. Debo participar ayunos y maceraciones hasta el agotamiento, he de ceñirme un sayal de áspero cáñamo sujetándolo con una cuerda, y he de coger en las alturas, según la regla de los ascetas, flores que destinaré para mi ofrenda cotidiana a los dioses. Numerosos reptiles infestan los senderos, mosquitos, escorpiones, gusanos, y toda clase de insectos vendrán a atormentarnos. Este es otro de los males del bosque. ¿Cómo pudieras tú, princesa mitilena, flor de hermosura, acostumbrada a todos los lujos de los palacios de la corte, sobrellevar por espacio de nueve años y cinco más tantas penalidades?

* * *

Lejos de amedrentarse con la descripción de la selva virgen, Sita respondió que aquellos peligros constituían para ella alicientes, puesto que iba a compartírselos con el esposo que amaba.

—Yo he de acompañarte, ¡oh Rama! si cumples la orden del rey tu padre, y seré dichosa allí en la selva, cuyos peligros conocía antes de que me los narraras, por habérmelos referido una anciana mendiga que la habitó durante mucho tiempo. Cuando los padres que la engendraron entregan una mujer a un hombre con ceremonias litúrgicas, ella le pertenece aun después de la muerte. Si mis súplicas no te conmueven y no consientes en llevarme contigo a la selva de Dandaka, escogeré entre el veneno, el fuego y el agua el medio mejor para quitarme la vida.

Tan apasionados ruegos vencieron la resistencia de Rama, fundada en los peligros y penalidades que preveía para la joven, y ambos, antes de marchar al destierro, repartieron sus bienes y sus joyas entre los brahmanes y los menesterosos.

CAPITULO III

SITA ACOMPAÑA A SU ESPOSO. MUERTE Y FUNERALES DE DAZARATA

La generosidad del ragava conmovió al pueblo, y las gentes no sólo se agolparon en apiñada muchedumbre en las calles, sino que ocuparon los techos de los templos, las terrazas de los palacios y las azoteas de las casas para contemplar a Rama y a Sita, que se alejaban a pie, humildemente vestidos, para ir a habitar una choza en la selva de Dandaka. El príncipe Lanmana les seguía a pocos pasos.

—¿Cómo es posible, exclamaban las mujeres, que la princesa Sita, habituada a todos los cosméticos de tocador, y al perfume del sándalo rojo, consienta en que la lluvia, el calor

y el frío estropeen su tez de tan cándida hermosura?

—El rey Dazarata ha perdido el juicio, decían los hombres, y sólo así se explica que envíe al destierro al príncipe Rama. Aunque éste no fuese tan virtuoso como lo es, ¿quién es el padre, que no viéndose obligado a hacerlo, aleja un hijo de su presencia?

Otros hablaban de abandonar ellos también sus casas y sus tesoros y seguir a Rama a la selva, dejando las riquezas de Ayodia para que las gozaran, malditas por los dioses, Kekylli y su hijo. Antes de abandonar la ciudad, y mientras Rama cumplía el deber filial de despedirse de Dazarata, la reina Kozalia hablaba con Sita encareciéndole que en el destierro y en la pobreza de la cabaña donde morarían, respetara y honrara a Rama no haciéndole comprender nunca su pena de haberle seguido si llegaba un momento en el que se arrepintiese.

—Yo sé de antemano mi deber, Alteza—respondió Sita,—y he de cumplirle con tanta exactitud, que mi esposo no tenga jamás queja de mi conducta.

En aquel momento reapareció Rama para dar el último adiós a su madre, y dirigiéndose a todos los presentes dijo así :

—Si durante los años que he habitado entre vosotros, os he ofendido o afligido en algo, contra mi voluntad, porque voluntariamente jamás lo hice, os conjuro a todos a que me otorguéis vuestro perdón.

Un grito de dolorosa protesta acogió esta frase y los tres desterrados se alejaron.

* * *

Penetraron Rama y Sita en la intrincada selva y Lanmana tras sus huellas; llegaron a un sitio en el que hicieron alto, comenzando los príncipes a derribar con sus hachas robustos troncos para construirse con ellos una cabaña. Rama dirigiéndose a su esposa, pronunció estas palabras :

—Contempla, princesa, esta vegetación incomparable. Al pie de cada árbol el césped cubierto de fragantes flores nos brinda tras de nuestra ruda faena, el apetecido descanso.

* * *

Entre tanto, Dazarata sufría inenarrables tormentos, pues un anciano anacoreta ciego había lanzado sobre él terrible maldición. Nada tenía que ver ésta con el destierro de Rama; la cólera del anacoreta fué debida a que Dazarata, en una de sus cacerías reales, y lanzando el venablo sin preocuparse de otra cosa que de su propio placer, había dado muerte a un hermoso joven hijo del anacoreta.

Este y su esposa eran ciegos, y el joven constituía la única luz de sus tristes existencias, el único gozo de sus apenados corazones. El rey se vió obligado a conducir el cadáver de su víctima a la cabaña que habitaban los ciegos, y trataba en vano de hacerles comprender a los infelices padres—que por estar privados de la vista no se apercibían de la horrible tragedia—que el joven Yadanadata había dejado de existir.

Al escuchar las palabras del monarca, la anciana exhaló un agudísimo grito al que formó eco el de su esposo y ambos se desplomaron mugiendo como una vaca a la que arrebataran el recién nacido ternero.

—No, no es cierto—exclama la madre—

¿por qué callas, hijo? ¡hijo mío muy amado!
¿por qué me dejaste sin decirme que al abrazarme partías para tu última ausencia?

Las lágrimas continuaban fluyendo de sus ojos, copiosas, y el padre dió unos pasos hacia el cadáver del mancebo y se expresó así:

—Hijo mío... levántate, pasa un brazo alrededor de la nuca de la que te dió el ser, guíanos, pues somos ciegos, y condúcenos a través del bosque... corta leña para nosotros y con ella encenderemos el fuego en el que se cocerán nuestros frugales manjares. Yo no puedo hacer nada, ya sabes que soy ciego y tu madre también lo es, y no subsistiríamos sin tu ayuda. ¡Oh!, exclamó dándose al fin cuenta de la espantosa realidad, estás muerto! mas espera... espera... pronto el dolor terminará con nuestros días, y partiremos ambos para seguirte.

La idea de una nueva vida en la que los buenos encuentran la recompensa de sus actos de virtud y de sus sacrificios, consoló al desventurado padre, quien, extendiendo la diestra hacia el mancebo, prorrumpió en estas frases:

—Tú vivirás, hijo mío, en compañía de aquellos que en su tránsito por la tierra quisieron y supieron hacer bien a sus semejantes y tú, no solamente llevaste a cabo buenas acciones, sino que fuiste la felicidad de tus padres.

Días después Yadanadata se apareció a sus progenitores, les explicó su muerte y destino ulterior y el anacoreta maldijo al rey, deseándole el justo castigo de su inconsciente crueldad.

* * *

Pasó el tiempo, y Dazarata sintió entre las sombras nocturnas las pisadas de la muerte, y expiró con tanta dulcedumbre, que su esposa Kozalia, que dormía en la misma estancia, no se apercibió del último momento.

Los hombres y las mujeres de Ayodia enterados del rápido fin de Dazarata, congregáronse en las plazas y calles de la ciudad y prorrumpían en terribles imprecaciones contra Kekeyi, haciéndola responsable, no sólo del destierro de Rama, sino de la muerte del rey,

de las calamidades que se siguieron al encontrarse el Imperio como un cuerpo sin cabeza por haber desaparecido para ocupar su puesto en los cielos, el poderoso Dazarata, y no reemplazarle aún su heredero.

En un país sin rey, los comerciantes no pueden hacer largos viajes porque las rutas son inseguras, y peligran sus mercaderías; en un país sin rey, no se puede gozar en paz del fruto del trabajo, porque sin el rey, el ejército no podría vencer a los enemigos en los combates; en un país sin rey, los nobles, salpicados de santal y de áloe, no brillan en la corte cual flores de primavera; un imperio sin rey es semejante a un río por cuyo cauce no fluyeran las aguas, a un bosque cuyos árboles careciesen de hojas, y a un rebaño al que faltara su pastor.

* * *

Aquellos que quedaron encargados provisoriamente de gobernar a Ayodia, despacharon con celeridad emisarios en busca del príncipe Bharata, teniendo que atravesar muy vastas regiones y cruzar el Ganges.

Llegados a Pankala, tomaron el camino de Krujangala donde sabían habitaba el segundo Ragava. Bharata les recibió impresionadísimo, pues aquella noche había tenido un terrible ensueño. Ignoraba la muerte de su padre que los mensajeros le ocultaron, y como le preguntasen por el motivo de su tristeza, el príncipe respondió:

—He soñado anoche que mi padre venía hacia mí, manchado de lodo, con los cabellos en desorden y le vi rodar desde lo alto de una roca a un foso inmundo lleno de fango. Parecióme que nadaba entre el agua cenagosa, y dos o tres veces le vi llevarse el repugnante líquido a los labios y sumergirse, quedando sus miembros ungidos con la pestífera greda. Soñé después que la mar se había quedado seca, que la luna caía en mitad de la tierra, y que el mundo se desplomaba en medio de las tinieblas. Todos los árboles se habían despojado de sus hojas, las montañas estaban aplanadas, y contemplé al rey, vestido de negro, al que arrastraban mujeres envueltas en oscuros velos dirigiéndose hacia el Sur. Al fin una de ellas que llevaba encima un man-

to rojo, signo distintivo de la estirpe de los rakasas, arrastró al rey, burlándose de su resistencia. No puedo interpretar este ensueño más que de un modo; uno de nosotros, yo, Rama, el rey, o Lanmana, va a morir.

Parte de la difícil misión estaba cumplida, Bharata preocupado por la suerte de su padre, condescendió a las súplicas de los mensajeros, y regresó a Ayodia, cruzando el Ganges y la vastísima región que le separaba de la capital.



Al penetrar en el palacio el príncipe aguardaba ser testigo de la consagración de su hermano asociado por el rey al gobierno del Imperio, y quedó absorto, cuando Kekeyi le comunicó la muerte del monarca, y el destierro del primogénito.

—¿Qué ha hecho Rama, interrogó el joven, para merecer tal castigo? ¿Ha despojado a algún brahmán de sus bienes? ¿Ha deshonrado a mujer ajena? ¿Ha maltratado a un ser inocente, rico o pobre? ¿Queréis decirme, oh ma-

dre, por qué motivo el príncipe Rama vive desterrado en el bosque de Dandaka?

Creyendo halagar la ambición del príncipe, Kekeyi le refirió cuanto había hecho, y cómo consiguiera para su propio hijo—prevalida del cariño que Dazarata le profesaba y de las promesas que le hizo—el cetro del Imperio.

Bharata, lleno de indignación, prorrumpió en estos apóstrofes:

—Sal del reino, Kekeyi, mujer cruel y perversa, ¿qué motivo de queja tenías contra Rama, que ha sido siempre bueno y complaciente para ti? Eres mi madre por la naturaleza, pero en verdad eres mi mayor enemiga, pues me deshonoras ante el mundo de los vivos colocándome en una situación terrible. No, no, tú no eres hija del noble rey Darma-
raja. Eres una rakasa, que ha venido a este palacio para la ruina de mi padre; por tu causa soy huérfano, y abandonado ya por dos de mis hermanos, me veré aborrecido de todo el mundo. A fin de traer a Rama a Ayodia, y colocarle sobre el trono que le pertenece, iré a buscarle a la selva virgen, y entonces cum-

plido mi deber, quedaré a cubierto de todo reproche y de toda sospecha.

Bharata encerróse en su estancia para dar rienda suelta a su dolor y a su cólera, y de allí fué a sacarle el gran brahmán Vasista, manifestándole que era preciso proceder a la cremación de Dazarata, cuyo cuerpo permanecía embalsamado y colocado sobre un lecho magnífico de madera preciosa.

El joven, dócil a la voz del brahmán, convocó a todos los más altos personajes del Imperio. Pusieron el cuerpo del rey sobre un gran túmulo, y los servidores le dirigían constantemente alabanzas y súplicas cual si pudiera oírles. Preparóse una inmensa pira, en la que se arrojaron santal, áloe, mirra y otras especies, y esparciéronse perfumes y flores por todo el camino. Encendieron el fuego invocando con preces litúrgicas al dios Agní, y la comitiva regia, precediendo a las reinas, descendió de las literas en la que venía desde el palacio real hasta el lugar de los funerales, extramuros de la ciudad.

Los oficiantes dieron la vuelta a la hoguera en la que se consumía el cadáver, y en se-

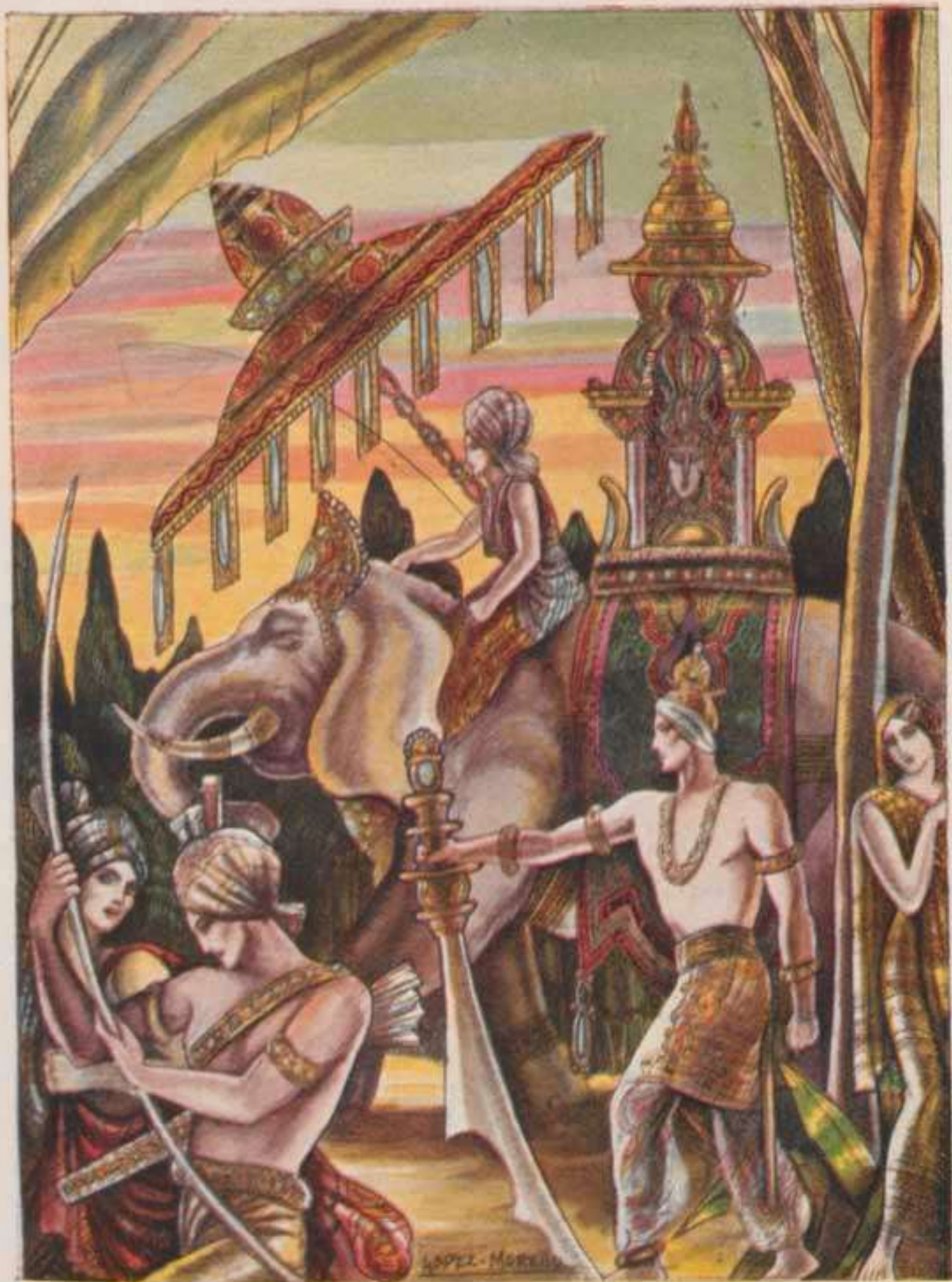
guida lo hicieron las mujeres de Dazarata, siendo la primera Kozalia. Cuando ya no quedó más que un inmenso montón de cenizas, realizaron todos sus abluciones purificadoras en las aguas del cercano Sarayú, volviendo a la capital, donde permanecieron como era costumbre, después de los funerales de los monarcas, diez días y diez noches tendidos en tierra en signo de duelo.

CAPITULO IV

BHARATA MARCHA EN BUSCA DE RAMA. PASO DEL GANGES. APARICIÓN DE LAS APSARAS

Cuando amanecía el día catorce después de los funerales del rey, Bharata reunió el Consejo, exponiéndole su voluntad de ir a buscar a Rama para que se sentara en el trono de sus antepasados como le correspondía por ser el primogénito. El, Bharata, segundo de los Ragava, cumpliría la orden de destierro injustamente lanzada contra el hermano mayor, y permanecería en la selva de Dandaka, por espacio de nueve años y cinco más.

El pueblo al que se comunicó la decisión del joven monarca, prorrumpió en clamorosas voces victoreando a Rama y a Bharata, que



Marcharon todos en dirección de la selva virgen...



tan noblemente iba a reparar la perfidia de su madre. Determinóse que un ejército, para dar mayor solemnidad al acto, acompañara a Bharata a la selva, poniendo desde el primer instante las fuerzas del país a las plantas de Rama.

Fué preciso comenzar la construcción de una ruta que permitiera el paso a las numerosas tropas, y para ello acudieron los más hábiles obreros de todas clases a ayudar al derribo de los corpulentos árboles, y a llenar con piedras los huecos haciendo desaparecer las desigualdades del terreno. Quedó resuelto que las reinas viudas acompañaran a Bharata, así como los más sabios brahmanes, para que viendo Rama la multitud de los que le solicitaban, cediese a sus súplicas.

Marcharon todos en dirección de la selva virgen, donde buscó albergue el príncipe asceta. Los ministros y los sacerdotes brahmánicos, iban en carros de los que tiraban hermosos caballos y precedían al monarca. Formando parte de la comitiva, había nueve mil elefantes encaparazados y sesenta mil carros que conducían arqueros provistos de armas diversas: el

grueso del ejército lo formaban cien mil caballos con sus jinetes. Gran masa del pueblo acompañaba al ejército, masa formada por fabricantes de armas, montadores de piedras preciosas, artífices en marfil, mercaderes de esencias, orfebres y pastores, constituyendo todos una abigarrada muchedumbre en la que no escaseaban las mujeres. Cuando llegaron, tras de fatigosísima marcha a las orillas del Ganges, el río sagrado de aguas caudalosas y profundas, Bharata dió la orden de hacer alto.

* * *

El estrépito de tantas gentes de armas, la gigantesca mancha que formaban vistos a distancia, advirtieron a Guah, rey de los Nisadas la aproximación de un ejército que no podía ser otro que el de Bharata y se dijo que este perverso príncipe, no contento con el destierro de su hermano, venía a la selva virgen para apoderarse de la persona de Rama y hacerle perecer.

Ordenó Guah que todos los bateleros se aprovisionasen de carne, frutas, y legumbres, para

guardar por tiempo indefinido la orilla opuesta del Ganges y cerrar el paso al enemigo que aproximábase con la idea de cruzarle. Ordenó también que se preparasen quinientas naves tripuladas cada una por cien marineros escogidos entre los más vigorosos, y luego dijo a su gente :

—Si Bharata se nos presenta como amigo de Rama, permitámosle a él y a sus tropas pasar el Ganges ; pero, de lo contrario, opongámosle la más tenaz resistencia.

Guah quiso ir en persona a hablar con el joven rey y anhelando atraérselo, llevó consigo dádivas consistentes en dorados peces, carne de sabrosos animales y miel. Tan pronto como apareció Guah, uno de los de Ayodia advirtió a Bharata de que aquel jefe era experto conocedor de la selva de Dandaka, y antiguo y leal amigo de Rama. La entrevista de entrambos reyes fué cordialísima, y Guah regocijóse al escuchar de los labios del príncipe dazarita cuál era el plan que le traía allí, y sus esperanzas de poner pronto al primogénito en su trono.

Pasóse la noche en pláticas, y al amanecer, los bateleros de Guah en sus barcas, facilita-

ron el paso del ejército. El rey lo hizo en una nave espléndidamente decorada, de blanquísimos toldos y cuyo timonel fué Guah en persona. En esta nave iban Bharata, Satrunna, las tres reinas viudas, los más ínclitos brahmanes, y multitud de damas de la comitiva.

Cruzado felizmente el caudaloso río, el ejército acampó en el bosque frondosísimo de Barayaga, y el joven rey dirigióse a buscar en lo más intrincado de las selvas al sabio brahmán, espejo de los ascetas, llamados Bharabaja, quien le aseguraron que estaba al corriente del lugar de refugio de Rama.



Tan pronto se encontraron el rey y Vasista ante el asceta, cuando éste reconoció al hijo de Dazarata y apresuróse a ofrecerles agua para beber y para lavarse los pies y las manos y luego algunas frutas interrogándole con el respeto debido a su rango.

—¿Qué vienes a hacer aquí, tú que riges un Imperio?, preguntó Bharabaja, dirigiéndose al joven dazarita. Sé, sin que me lo digas, que

tu espíritu está inquieto. ¿Pretendes hacer daño a tu hermano primogénito con el anhelo de gozar del trono sin ningún obstáculo?

Bharata con el rostro bañado en lágrimas, respondió :

—Vengo, por el contrario, a encontrarle, a restaurarle en el solio de Ayodia, y a prosternarme a sus pies. Ahora que conoces el objeto de mi viaje, dime donde se encuentra mi hermano y cómo puedo hallarle.

—No ignoraba tus designios, respondió Bharabaja, pero te he interrogado a fin de tener la confirmación de lo que adiviné y de permitirte que manifestases tus nobles deseos. Sé donde habita Rama en compañía de su esposa y su hermano. Hallaron albergue en la alta montaña de Sitrakuta, y mañana podrás estar con él.

—Aquí en tu ermita, si lo consientes, aguardaré la salida del sol para ponerme en marcha.

Bharabaja le presentó sus excusas por no haber podido hacerles los honores de la hospitalidad, pero el Ragava le replicó que ya le había dado el agua para lavarse los pies y las manos, deber ineludible de todo huésped.

—Sé que te acompaña un ejército replicó el asceta, del que forman parte valerosos hombres, fogosos corceles, y grandes elefantes, tráelos a mi presencia.

* * *

Cuando el príncipe alejóse a cumplimentar esta orden, el asceta se encerró en el santuario, bebió allí el agua pura, barrió el recinto, y luego, prosternándose, invocó a Vivakarma para que le proporcionase los medios de llenar cumplidamente los deberes de la hospitalidad. No bien compareció el genio celeste, el ermitaño oró de esta forma :

—Oye, oh Vivakarma, lo que te demando : proporcióname en seguida los manjares que constituyen un espléndido festín, corran frente a esta cabaña todos los ríos de la tierra, caigan de los cielos abundantísimas aguas, y de Oriente a Occidente estos caudalosos líquidos transfórmense en riquísimos vinos y exquisitos licores, y en el jugo dulcísimo que se extrae de la caña mientras otros conserven su fresca linfa. Haz, oh genio ! que de la luna se aporten

aquí las más sabrosas carnes, peces y frutas todo lo que se saborea, se chupa y se bebe. Haz que mane de los árboles riquísima miel y ellos nos proporcionen también guirnaldas de frescas flores y ramilletes que sirvan para adornar las mesas en las que han de presentarse los escogidos manjares.

El ermitaño hacía oración postrado en tierra y vuelto el rostro hacia el Oriente y sumergida su alma en la contemplación más abstracta. A su plegaria, la tierra se allanó en una extensión de cinco yojanas a la redonda cubriéndose de finísimo césped que asemejaba un tapiz con el brillo del lápislázuli por sus numerosos puntos azules. De improviso, viéronse aparecer plazas espléndidas formadas por suntuosas mansiones, en las que había caballerizas para miles de corceles, establos de tan vasta capacidad que en ellos cabían los gigantescos elefantes, y por todas partes iban surgiendo de las entrañas de la tierra innúmeros palacios, hasta que, por último, apareció el castillo real adornado con elegantes pórticos.

En el centro de los anchurosos patios fluía el agua perfumada de diversas fuentes, y por to-

das partes, flores de matices policromos les adornaban y las paredes aparecían cubiertas de cendales tan bellos y transparentes cual las mismas nubes. El hijo de Kekeyi despidióse con el mayor respeto del gran brahmán, y penetró en la regia morada que acababa de preparársele, donde lucían en las cerraduras de las puertas las más ricas gemas.

* * *

En el momento en que el príncipe posó su planta en el vestíbulo, oyóse un conjuro de Bharabaja, y el regio huésped vióse rodeado por veinte mil mujeres bellísimas a las que engalanaban las más ricas telas y joyas, haciéndolas semejar a estatuillas áureas, o a flores de loto por la flexibilidad de sus talles. Aquellas mujeres formaban parte de los coros de los Apsaras que encantan a todos los mortales, y la más hermosa dirigió su más dulce sonrisa al joven rey.

Luego se produjo un tumulto, y treinta mil mujeres más acudieron desde los bosques de

Nandana para festejar a los guerreros que venían con el dominador de Ayodia.

—¡Vamos, vamos!—gritaban enardeciendo a los soldados, venid y bebed sin tasa, la leche pura de nuestras cabras silvestres, el agua cristalina de nuestros manantiales, comed y satisfaced vuestro apetito en las ricas viandas con que se os brinda.

Un grito atronador de entusiasmo, acogió las dulces palabras, los guerreros comparecieron ataviados como para un festín con sus velos rojos y flotantes. Encantándoles los atractivos de las bellísimas Apsaras prorrumpieron a su vez en estentóreas voces.

—No queremos regresar a Ayodia—clamaban al unísono infantes y jinetes, guerreros y servidores—, no queremos penetrar en la selva. Adiós ¡oh rey poderoso! Si así premia Rama a los que le buscan, permaneceremos siempre junto a él, y no tendrá que repetirnos una sola orden.

En tan bullicioso regocijo transcurrió la noche entera y cuando la aurora asomó su faz por Oriente, las bellísimas Apsaras despidiéronse de Bharabaja y como ilusiones que se

desvanecen al contacto de la realidad, evaporáronse ante la vista de los enardecidos guerreros.

Bharata no había perdido el tiempo en gozar de la espléndida fiesta, sino que devorado por la impaciencia de entrevistarse con su hermano, abandonó el palacio sin otra compañía que la de su hermano Satrunna.

Caminaron algún tiempo siguiendo la dirección que les indicara Bharabaja, y al fin distinguieron en la lejanía una columna de humo que elevábase en lo más intrincado de la selva.

—Ahí debe estar la cabaña de Rama—exclamó el joven rey—y ese humo que se confunde con el azul del cielo debe proceder del fuego sagrado que él, como los otros ascetas, alimenta sin tregua en la selva, para que no se extinga. Hoy contemplarán mis ojos después de larga ausencia, al incomparable príncipe, al gran santo que no ha vacilado en sacrificarse para cumplir la orden de nuestro padre.

Aceleraron el paso el joven rey y Satrunna, llegaron hasta el umbral de la cabaña, fran-

queáronle y distinguieron en primer término, sobre un ara, el fuego sagrado cuyo humo escapándose por una abertura del techo de entrelazadas ramas, les había servido de guía para hacerles conocer el asilo del regio ermitaño.

CAPITULO V

RAMA REHUSA EL CETRO QUE LE OFRECE SU HERMANO

En el fondo de la choza hallaron los dos príncipes un hombre robusto de majestuosa presencia que vestía un áspero sayal de cáñamo y cuyos cabellos caían trenzados sobre sus hombros como es uso entre los anacoretas. Junto a él veíanse dos bellas figuras, la de Sita a la derecha, y la de Lanmana a la izquierda. Ni Rama ni sus compañeros hicieron el más leve movimiento, ni pronunciaron una sola sílaba al distinguir a Bharata y a Satrunna.

El hijo de Kekeyi avanzó con pasos trémulos, balbuciendo estas palabras entrecortadas por el llanto.

—Baldón eterno sobre mí, ya que por mi

causa mi hermano primogénito, príncipe Ragava como yo, ha estado privado de todos los goces de la vida y condenado a injusto destierro. ¡ Soy un monstruo, y mi nombre quedará cubierto de eterna vergüenza !

Mientras se expresaba así y un sudor helado bañaba sus facciones, Bharata habíase acercado a Rama, y se prosternaba a sus plantas, pero apenas tocó el suelo, porque Rama vigorosamente le alzó y estrechándole entre sus brazos le hizo sentar a su lado, dirigiéndole con la mayor dulzura estas preguntas.

—¿Dónde está nuestro padre, hermano mío, y cuándo has venido a la selva virgen? ¿Cómo es posible que estés aquí sin nuestro padre o sin su autorización? ¿Cómo está el gran rey Dazarata, el que siempre cifró su orgullo en ser fidelísimo siervo de la verdad? ¿Cómo se encuentra Kekeyi la gran reina? Vivirá entre placeres, colmada de alegría?

Bharata, turbadísimo y lleno de aflicción, comunicó a Rama la dolorosa nueva de la muerte del rey con estas palabras :

—Escúchame, nobilísimo príncipe. El rey Dazarata ha abandonado para siempre su trono

y su cetro ; partió de esta tierra para morar en las regiones etéreas y sus últimos años fueron perturbados por el remordimiento de la acción cruel e injusta de tu destierro. Dazarata sufría con el gusano roedor que le reprochaba su injusticia. Su alma no se apartó jamás de tu recuerdo, y por tu causa, tu padre descendió a los brazos de la muerte.

Detúvose el mancebo ahogado por los sollozos, y luego prosiguió en el tono de la más humilde súplica.

—¡ Dignate, oh Rama ! concederme lo que he venido a pedirte atravesando el caudaloso Ganges y altísimas montañas. Consiente que se te consagre rey en el trono de tus padres, rey tan respetado como lo es Indra en el trono de las nubes. Numeroso ejército y multitud de fieles súbditos, a los que siguen nuestras nobles madres, las viudas de Dazarata, vienen tras de mí a buscarte. En nombre de los guerreros, del pueblo, y de las reinas te ruego, oh ! hermano, que no vaciles en aceptar el cetro que todos, con el amor de nuestros corazones, ponemos en tu diestra.

Rama escuchó en silencio las dolientes fra-

ses del príncipe, y tras de una pausa, contestó con moderado acento :

—Cuando mi augusto padre, el rey Dazarata y la excelsa reina Kekeyi, modelos de virtudes, me ordenaron un día internarme en los bosques, desterrándome por el espacio de nueve años y cinco más, ¿cómo pudiera yo, que llevo en las venas la sangre de Dazarata, proceder de otro modo de como lo hice, y desobedecer su mandato? A ti el Destino te ha puesto en las sienes la diadema de Ayodia, diadema que impone respeto a todo el universo. El Destino quiere, en cambio, que yo permanezca aquí, en la selva Dandaka, viviendo como un ermitaño, y cubriendo mis carnes con la túnica gruesa que me ceñí al venir a estas soledades, y puesto que mi padre dispuso que pasara catorce años en este destierro, ni un día menos del término fijado he de permanecer, y estas soledades verán cómo cumple Rama la voluntad de un padre magnánimo.

Bharata, absorto, no pudo menos de replicarle :

—Yo no puedo comenzar mi reinado con un acto indigno de un verdadero rey, yo no puedo

faltar a mi deber ni a las leyes que nos rigen. Recuerda, oh Rama, que hay una que dice: «no ceñirá corona el hijo segundo, mientras exista el primogénito». Te encarezco, pues, oh digno descendiente de millares de reyes que vuelvas a Ayodia, la rica capital poblada por tus fieles súbditos y que te hagas allí consagrar como su soberano que eres.

* * *

Escuchando Rama las ardorosas palabras que fluían de los labios de su hermano, tendió los brazos hacia él y dominado por la emoción que le embargaba, perdió el sentido cayendo al suelo, como un árbol de frondosa copa que abatiera en medio de la selva el hacha de un fornido leñador.

No tardó, sin embargo, en recobrase, e incorporándose y enjugando sus ojos de los que brotaba un raudal de lágrimas, exclamó:

—Aun no ha terminado el tiempo del destierro impuesto por mi padre... creo, además, que me sería imposible regresar ahora a Ayodia y penetrar en su palacio del que falta el

mejor de los reyes y el más magnánimo de los hombres. ¿Quién me daría, al traspasar sus umbrales la bienvenida como me la daba mi padre con las dulcísimas palabras con que me acogía siempre al regreso de mis largas expediciones?

Dejando ya de dirigirse a Bharata, Rama habló en estos términos a Sita.

—¡Escúchame, oh esposa! Bharata viene a comunicarme la infausta nueva de que el soberano del Imperio nos abandonó para siempre.

Al escuchar la fatal noticia de labios de su esposo dolorosamente conmovido, la princesa mitilena sintió que todo se obscurecía ante ella, pues el llanto formó un cendal tan espeso, que ni aun la luz llegó a sus pupilas.

* * *

Bharata habíase marchado ya, pero no tardó en reaparecer acompañado de Vasista, los más sabios brahmanes, los principales jefes del ejército y numerosísimos bardos que tenían a su cargo los panegíricos oficiales. El grupo

principal lo formaron las reinas cuyas voces suplicantes eleváronse debilitadas por el llanto. Todos arrodilláronse ante Rama, uniendo sus ruegos a los de Bharata y pretendiendo doblegar la hasta entonces inquebrantable voluntad del príncipe anacoreta.

Rama, firmísimo en su propósito de no desviarse del camino que le trazara su deber filial, respondió impasible :

—Recobra ¡ oh Bharata ! tu serenidad y no gimas cual si se tratase de un duelo, sino que, por el contrario, regocíjate, regresa a la capital de tu Imperio, y cumple la voluntad de nuestro padre. Sería indigno de mí faltar al mandato que de él recibiera cuando vivía ; a ti también te impone su memoria la más exacta obediencia a sus órdenes.

Bharata replicó con brío :

—Tú eres fiel al mandato paternal y eres feliz, pero yo, sin la presencia de mi padre y sin la tuya, moriré como la gamuza herida por las envenenadas flechas de un cazador ; acepta, hermano mío, y toma en tus manos el cetro del Imperio.

Agotáronse los ruegos sin convencer a Ra-

ma, y aunque todos experimentaban inmensa tristeza al ver que el príncipe primogénito continuaría su ascética existencia en las espesas selvas, no podían menos de experimentar el dulce placer del entusiasmo admirando la constancia con que Rama cumplía la promesa hecha a su padre. Los guerreros, los poetas, los maestros, los sabios Brahamanes, todos lloraban copiosamente, y las mismas flores deshojábanse trémulas, cayendo sobre la tierra una lluvia de pétalos.

Rama, emocionadísimo por esta manifestación del sentimiento de la naturaleza, rogó a todos que no prolongasen más la dolorosa escena, y que regresaran en seguida a Ayodia. Los Rigis que asistían invisibles entre la selva al sublime coloquio sostenido por ambos hermanos, experimentaron infinito júbilo al ser testigos de tanta nobleza y tanta virtud. Oyóse una voz que decía a Bharata :

—Escucha, retoño de la ilustre familia de los Ragava : nosotros deseamos que Rama permanezca fielmente cumpliendo la voluntad de su padre. Dazarata ha podido subir a los cielos gracias a la magnanimidad del regio ana-

coreta que no guarda rencor en su corazón a Kekeyi.

Oyendo estas maravillosas frases, el rostro de Rama iluminóse con una luz sobrenatural, y se prosternó para rendir homenaje a los invisibles Rígis.

* * *

Bharata agitado como la hoja de un árbol, combatida por el viento, tartamudeó :

—Yo no puedo sólo regir el Imperio a satisfacción de los habitantes de pueblos y ciudades, porque nuestros guerreros, los artesanos, los campesinos, todos tienen los ojos fijos en ti, tú eres el único que posees la energía necesaria para salvar el Imperio.

Rama atrajo sobre su pecho a su noble hermano, y respondió :

—Tu buen juicio, y tus altas virtudes, te capacitan para ejecutar grandes cosas. Atiende, son mis últimas palabras : la cordillera del Himalaya se despojará de sus nieves eternas, la mar rebasará todas las orillas inundando la tierra, antes de que yo falte a las órdenes de

mi padre. No pongas en tela de juicio si el cariño o la codicia impulsaron a Kekeyi a hacer lo que hizo, obedécela y respétala como a tu madre, pues lo es.

En aquel instante los rayos del sol se fijaron sobre las sandalias que calzaba Rama, las que brillaban tan resplandecientes cual si estuviesen talladas en un trozo de luna en su plenilunio. Bharata, deslumbrado, rogó a Rama que le diera sus sandalias, y descalzándolas éste, se las entregó sin demora. Bharata cogiéndolas dijo :

—Durante catorce años yo me alimentaré de frutas y de raíces, trenzaré mis cabellos como hacen los anacoretas, y me vestiré un sayal de cáñamo. Quiero esperar tu vuelta fuera de Ayodia. Tus sandalias te representarán en el Poder, serán tu regia insignia, y los ministros gobernarán el reino en nombre tuyo. Si cuando hayan transcurrido los nueve años y cinco más de tu destierro no reapareces para ser el azote de los enemigos del Bien, me arrojaré al fuego sin más tardanza.

—Volveré a Ayodia—respondió Rama mansamente, y dirigiéndose a Satrunna, añadió :

—Proteged todos a Kekeyi y no os mostréis jamás irritados contra ella.

Bharata había cogido entre tanto, con religiosa unción, las resplandecientes sandalias que parecían cuajadas de gemas, hizo la reverencia litúrgica ante Rama y colocó las sandalias sobre su cabeza, de manera que la hiciesen asemejarse a la testa de un elefante.

Alejáronse todos en silencio de aquel lugar, y Rama, lentamente, después que los vió partir, penetró en la choza.

Las lágrimas mojaban sus mejillas.



CAPITULO VI

COMBATES DE RAMA CONTRA LOS INFERNALES RAKASAS. RAPTO DE SITA

Los rakasas, espíritus del Mal, llenáronse de furor al saber la victoria obtenida sobre las humanas pasiones por la magnanimidad de Rama, y la pérfida Zurpanaka intentó turbar el retiro del príncipe asceta, y separarle para siempre de su esposa.

Quedó fallido tan cruel propósito, porque Lanmana distinguió a la rakasa, y lanzóse hacia ella con tanto ímpetu, que logró asirla por las crenchas y utilizando un acero que halló al alcance de su diestra, le cortó la nariz y ambas orejas.

Pudo Zurpanaka huir mutilada. Sedienta de venganza, acudió a su hermano Khara, uno

de los dioses infernales, y éste, para complacerla, lanzó contra Rama catorce demonios enfurecidos a los que el Ragava dió muerte a flechazos por su propia mano. Este nuevo triunfo de Rama exasperó de tal modo la ira de Khara, que comprendiendo que sus servidores no podrían jamás vencer a un hombre de virtud tan inquebrantable como lo era el primogénito de Dazarata, decidió ir en persona a combatirle.

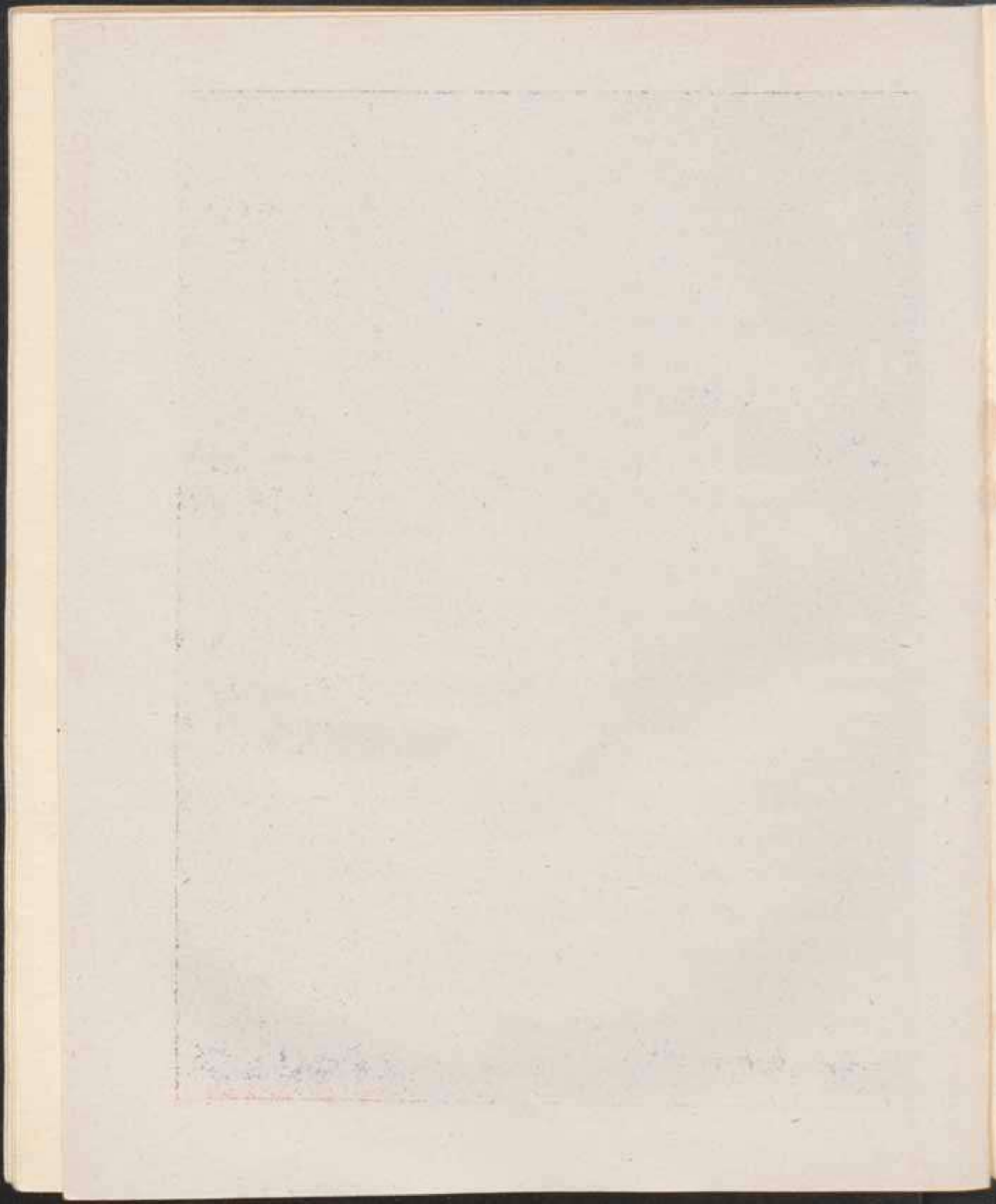
Rojo de cólera, aquel rey de los demonios subió a su carro mágico, y aunque era innecesario aguijonear a los maravillosos corceles, asió su pértiga de lápislázuli incrustada de múltiples perlas, y refulgente como el oro a la luz de la luna.

De improviso cayó de las nubes una lluvia torrencial en la que el agua iba mezclada con sangre y una nube obscurísima, cual si fuera un manto negro bordado con trozos de púrpura cubrió el sol que asemejábase, con sus bordes carmíneos a un negro tizón encendido.

Antes del crepúsculo, todo el horizonte tenía ya el rojizo resplandor de las horas vespertinas. A mediodía la obscuridad del firmamento



... asíó su pértiga de lapizlázuli incrustada...



permittedió distinguir el disco de la luna y el fulgor de las estrellas. En aquel instante acudieron de todos los confines del universo, los principales Godavas y los coros celestes de las bellísimas Apsaras.

Khara penetró en la selva para rondar la cabaña que servía de albergue a Rama, y tanto éste como su hermano, al asomarse fuera de la choza, no pudieron menos de apercibirse de los augurios siniestros con que el cielo les advertía la proximidad de un inmenso peligro. Rama entonces habló así:

—Espero un combate, hermano, y no desconfío de la victoria, puesto que mi alma está serena. Tú, por tu parte, coge tu arco y tus flechas y ve a buscar a Sita, mi esposa, y ponla en salvo en algún oculto paraje de la montaña que protejan los árboles, y que sea, a ser posible, de difícil acceso. Ni por un momento te apartes de ella.

No bien terminó el primogénito de hablar, cuando Lanmana, cumpliendo sus órdenes, corrió donde se hallaba Sita y la tomó en sus brazos para conducirla veloz a una profundísima caverna, cuya abertura de entrada cerró

con grandes piedras Rama que les acompañaba.

* * *

Regresó el príncipe en seguida a su cabaña para ceñirse su coraza de batalla y encontró su asilo rodeado por innúmeros batallones de rakasas, prestos a la lucha. Apoyóse el asceta contra el muro de débiles tablas, armó su arco con las flechas que fué extrayendo de su carcaj y esperó impasible el ataque.

Los diabólicos rakasas quedaron estupefactos al contemplar la majestad del rostro de su enemigo, y aunque ansiosos de combatir, permanecieron inmóviles como rocas. Khara, apercebido de su indecisión, avanzó impetuosamente contra el valeroso asceta, y este impulso hizo que tras él se precipitaran millares de rakasas produciendo tan formidable estrépito que semejábase al estertor de la tierra en un terremoto.

Los demonios asestaron al príncipe sus flechas tan rápidas como gotas de lluvia. Caían sobre él cubriéndole—como las aguas de los

ríos al sepultarse en el océano quedan cubiertas por las salobres—pero sin lograr herirle, por el contrario. Al lanzar Rama a los demonios acerados dardos, les veía caer sobre ellos cual zarpazos de la muerte, y las cabezas de los enemigos segadas de los troncos como a hachazos, rebotaban a millares contra la tierra.

Khara, entre alaridos, llamó en su auxilio a su hermano Dusana, viendo aumentar el número de sus muertos que formaban montones tan elevados cual si en cada uno de ellos hubiesen quedado tendidos centenares de elefantes. Lanzó el demonio una imprecación diciendo.

—Hay que reanimar el valor de nuestro ejército, e intentemos un nuevo esfuerzo.

Dusana en persona avanzó contra Rama seguido por la flor de sus soldados, pero el príncipe asceta continuó defendiéndose con tanto denuedo, que pronto quedó en el centro de un círculo vacío, cuyos bordes formaban las cabezas y los brazos que cortara en su defensa.

* * *

No se arredró Dusana, cuyo vigor era insuperable, y apoderándose de una maza de gigantescas proporciones, se abalanzó contra Rama, cuya si fuese la encarnación del Mal, pero el asceta disparó dos flechas certeras, cortando los brazos del monstruo. La mano separada del brazo continuó crispada sobre la maza y rodó con ella con espantoso estrépito por la falda de la montaña, mientras Dusana, moribundo, caía al suelo.

El campo de batalla estaba cubierto por los cadáveres de catorce mil rakasas vencidos al solo esfuerzo de un hombre, y Rama encontróse al fin en medio de los formidables enemigos decapitados, frente a frente con Khara el demonio infernal.

La bóveda celeste habíase inflamado rasgada por las flechas agudísimas que entre sí cambiaban los combatientes y asemejábase a una inmensa hoguera encendida con los fulgores del rayo. El cuerpo de Rama, enrojecido por la sangre de las heridas que le infligieron los rakasas, brillaba cual si fuese una antorcha, y con la mano derecha continuaba lanzando dardos.

Khara apercibióse de las heridas de su enemigo y lanzóse contra él, blandiendo su enorme maza fulgurante, horrible, envuelta en llamas, cual si toda ella fuese de fuego. En efecto, por donde quiera que pasaba el enardecido demonio, incendiábanse los árboles cual si se tratara de una ráfaga ígnea, y, tras de él, sólo quedaban humeantes cenizas. Rama, sin perder ni por un minuto la serenidad, extrajo de su carcaj una flecha de fuego que se asemejaba a una serpiente, invocó al dios Agní, disparándola contra la gran maza que al chocar con ella perdió su velocidad, quedando destrozada y maltrecha, extinto ya el fuego que la hacía tan destructora.

Khara, impávido, giró sus ojos sanguinolentos en torno suyo, distinguió un árbol, abalanzóse a él desarraigándole del primer empuje, y corriendo hacia Rama lanzó contra el asceta el proyectil foliáceo esperando cogerle desprevenido.

—¡ Al fin vas a morir !—gritó el demonio con voz estentórea seguro de su triunfo.

El combate fué entonces cuerpo a cuerpo ;

Rama había logrado desviar el formidable golpe y venció definitivamente en la contienda.

* * *

Difundíase desde las nubes una celeste melodía cuyo ritmo marcaban redobles de tambores invisibles, y una lluvia de flores cayó desde lo alto para cubrir con sus perfumados pétalos, cual un tapiz de insuperable hermosura, el campo de batalla, quitándole a éste todo el horror de los montones de cadáveres, y la repugnante hediondez de la sangre vertida.

Rama lavóse las manos y el cuerpo enrojecido en la lucha, y acudió a buscar en su refugio a su hermano y a su esposa la bella Sita.

Todos los anacoretas de la montaña que no tardaron en enterarse del glorioso combate librado por el príncipe, fueron viniendo unos tras otros a ofrecerle sus homenajes y a reconocerle como a un hombre de tan acendrada virtud, que los dioses y los elementos se aunaban para protegerle.

* * *

El inmarcesible triunfo que acababa de obtener Rama sobre las potencias infernales, concitadas contra él no desanimó a la perversa Zurpanaka, quien viendo que por la fuerza no parecía fácil el vencerle, decidió emplear la astucia, y con hábiles lisonjas espoleando unas veces su vanidad, otras su cólera, y otras su curiosidad, decidió a Ravanna, el ser infernal de las cien cabezas invencible en todos los combates, a que sedujera a Sita, arrebatándosela a su esposo.

Si Rama poseía virtudes inquebrantables que le hacían superior a todos los seres humanos, Sita era simplemente una mujer.

Ravanna aprovechando una ausencia del príncipe y de Lanmana, presentóse en la cabaña, y para no despertar las sospechas ni los temores de la linda mitilena, apareció ante ella tomando la forma de un anacoreta. Engañada por el aspecto de su enemigo que se asemejaba a uno de los compañeros de Rama, la joven no vaciló en franquearle el umbral de su humildísimo albergue, y en ofrecerle frugal refrigerio que restaurase las fuerzas de quien

se mostraba exhausto por el ayuno y el cansancio.

El falso anacoreta, conocedor de la debilidad característica femenina, empezó a lisonjear a Sita con estas frases.

—¿Quién eres tú, mujer incomparable, que te asemejas al cáliz de una flor, y que pareces concentrar en ti todos los esplendores de la gloria, y el atractivo con que nos seducen la belleza y la voluptuosidad? Jamás he visto dientes tan blancos ni tan pequeños como los tuyos, y tus finas orejas nada ganan en embellecimiento porque las adornen aretes de coral, o cualquier otra presea. ¡ Oh qué bellas son tus manos, flexibles y azuladas como pétalos de loto ! ¡ Oh qué grandes son tus ojos que parecen estrellas de azabache engastadas en el esmalte inalterable de la córnea de azulado reflejo ! ¡ No, jamás he visto en la tierra una mujer parecida a ti !

Escuchaba Sita absorta tales palabras, hallando aquel lenguaje estemporáneo en un hombre que vestía el sayal de anacoreta y como hiciera algún reparo, conjurándole a que cesase en sus alabanzas impropias de la humil-

dad de su atavío, Ravanna se sintió acometido del deseo de deslumbrarla y quiso parecerle en algún concepto superior al esposo que ella amaba. Entonces, sin meditar el espanto que la revelación causaría a la joven, manifestóle que él no era simplemente un hombre, sino un ser de esencia tan superior que a su voz acudirían miles de demonios si así le pluguiera.

* * *

Horrorizada Sita trató de arrojarle de su presencia, pero Ravanna, ebrio de furor, viendo que la desesperación redoblaba las energías de la princesa, y que la lucha podría prolongarse dando tiempo a que acudieran Rama o Lanmana, tomó su forma esencial, lanzó un rugido para que acudiese su carro mágico y apoderándose de Sita que no pudo oponerle ahora más resistencia que la hoja de rosa a las ráfagas del vendaval, lanzóse con ella por los aires para conducirla a su infernal morada.

Diatayú, el rey de los pájaros, señor de las aéreas regiones, presenció el rapto de la princesa, e indignado por tan villana acción, aco-

metió a Ravanna. Trabóse entre ambos un combate, cuyo escenario estaba por encima de las nubes, mas el rakasa, cuya fuerza era incontrastable, mató a Diatayú, que descendió a la tierra para no alentar ya más.

Sita, aunque incapaz de defenderse, iba poco a poco despojándose de las joyas que la adornaban y dejándolas caer una a una en tierra. Así, pensaba, desparramadas por los caminos indicarían su ruta y servirían de jalones para que Rama pudiera rescatarla.

Sugrivá, que así se llamaba el rey de los monos, halló unas tras otras las preseas arrojadas por la princesa y fué señalando el rastro para que no se le perdiese, y guardó en su faltriquera los collares, aretes, ajorcas y sortijas que la joven arrojara en su huída.

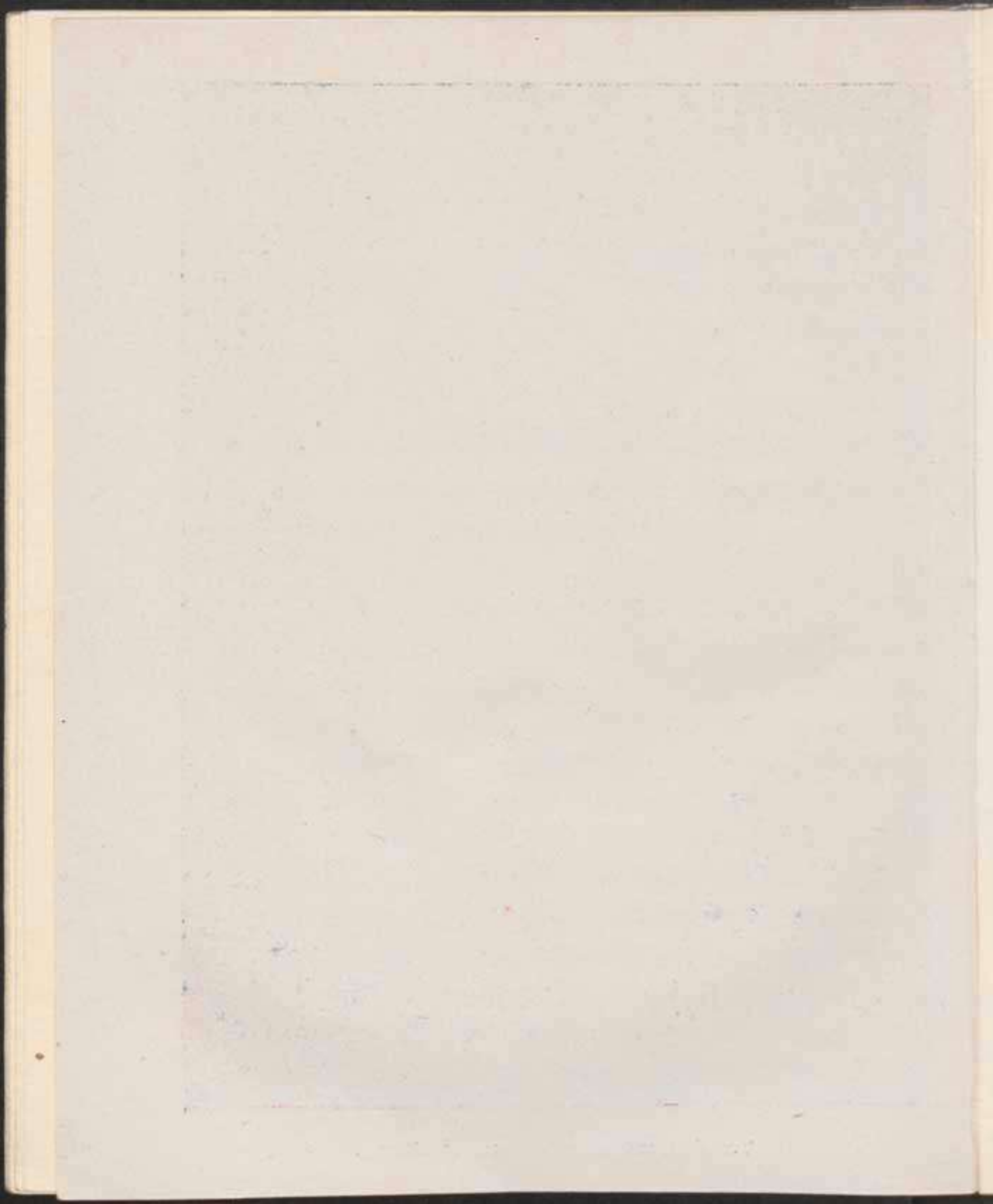
Con ellas se presentó ante Rama, comunicándole la triste noticia. No se alteró la serenidad habitual del regio anacoreta con el impresionante relato, limitándose a decir:

—¿Ha accedido Sita a las solicitudes de Ravanna?

—Ni por un minuto vaciló la constancia de tu esposa—repuso Sugrivá; por el contrario,



Trabóse entre ambos un combate...



ella le rechaza y le increpa con varonil heroísmo.

—¿Sabes dónde se encuentra en estos instantes?

—Lo sé, pues he reconstruído su rastro. Sita está prisionera en la ciudad de Lanka, capital de la isla de Ceilán y centro del reino de los terribles rakasas. Si quieres, oh Rama! ir a libertarla, dispón de mí y de todos los monos que me obedecen. Nosotros formaremos un ejército a tus órdenes pues tú sólo no podrías jamás llevar a buen término tan arriesgada empresa.

CAPITULO VII

HANUMAH INTENTA LIBERTAR A SITA Y EL RAKASA VIBISANA OFRECE SU APOYO A RAMA

Ravanna entre tanto había vuelto a emplear la súplica pretendiendo que el amor y no la cólera, ni el deseo de venganza contra Rama fué el móvil que le impulsó a raptarla. Humillándose ante ella, pretendía obtener de su corazón lo que obstinadamente le negaba.

—Calla, calla—respondía invariablemente la linda princesa—. En vano pretendes seducirme con el brillo de tus tesoros, y con el Imperio que ofrendas a mis plantas. Yo pertenezco a Rama y soy tan suya como lo es la luz que se deriva del sol que nos alumbra, y esperaré con paciencia el instante de mi libe-

ración, porque estoy cierta de que mi esposo no tardará en venir a arrancarme de tus manos, odioso enemigo.

Los rakasas hembras habían acogido con grandes gritos de júbilo, la llegada de la joven mitilena a Lanka, y solicitaban el permiso de acercarse a ella para devorarla. Asomaba su hocico entre aquellos monstruos, una hembra a quien llamaban por su voracidad Vientre de trueno. Como Ravanna podía cansarse de su pérfida mansedumbre, Sita se estremeció escuchando estas palabras proferidas por la insaciable rakasa.

—¡ Cuán grande fué mi júbilo al saber que Ravanna nuestro Amo y Señor, traía aquí a una mujer de palpitantes senos ! Pensé gozosa cuán grande iba a ser mi hartura saboreando su hígado, sus entrañas, su corazón y relamiéndome de antemano con la idea de humedecer mi hocico en su sangre cálida. Voy a morderla, a picotearla, para que cuando el Amo la vea ensangrentada, podamos decirle que se ha dado ella misma la muerte, y Ravanna entonces nos la entregue y nos permita

que la devoremos. Cuán dulce será oír de los labios del señor esta palabra : ¡ coméosla !

Helado sudor bañó hasta la raíz de los cabellos de la infortunada princesa, la que, para no desplomarse, apoyóse contra un florido arbusto que a poca distancia estaba, y levantando su espíritu, intentó dominar el espanto que la invadía.

* * *

Sita, en su angustia, unas veces poníase de rodillas para impetrar el auxilio de las divinidades celestes, y otras arrojábase al suelo revolcándose en él como una bestezuela herida. De improviso de las ramas cercanas de un árbol surgió melodioso gorjeo, que cual una salutación sin palabras, vino a consolarla. En seguida una voz oculta que salía de entre el espeso follaje, pronunció con lentitud estas palabras :

—Encantadora princesa, tú que naciste sin madre del seno de la tierra, y compartes el tálamo del heredero de millares de reyes, tu esposo Rama te saluda por mi boca, y su herma-

no el príncipe Lanmana te desea a su vez la felicidad que mereces.

Quedóse absorta la joven al escuchar una voz humana y no ver en las cercanías ninguna criatura de cuya garganta pudieran haber salido tan consoladoras frases. Registró trémula las frondas y descubrió un mono que se hallaba sentado en una rama, y que la contemplaba en actitud respetuosa.

—El mono no ha podido hablar—díjose Sita y las palabras que me pareció oír, debieron sin duda ser un eco de mis propios pensamientos repercutiendo dentro de mí. Si hay algo de verdad en la promesa que he creído escuchar, haced ¡ oh dioses protectores de la inocencia ! que se cumpla.

Púsose de pie, extendió sus manos hacia el gorila y pronunció con energía estas palabras :

—Yo soy la hija de Dianika, rey de Mitilena, mi nombre es Sita, y mi esposo es Rama, el santo.

Luego notando un movimiento del mono, continuó :

—Si tú eres mensajero de Rama y si él se ha aliado con los simios, házmelo conocer.

Hanumah, que así se llamaba el mono, y que había aprendido por ensalmo el lenguaje de los hombres, volvió a hablar así:

—Dentro de poco irás a reunirte con Rama, quien acompañado de Lanmana y con el apoyo de mi Señor y rey Sugrivá, vendrá con diez millones de simios a luchar contra los formidables rakasas, y los vencerá. Yo soy Hanumah, el consejero de Sugrivá, y te traigo un mensaje de Rama, al que complace tu inquebrantable virtud. Para ello he cruzado el mar y he llegado hasta esta ciudad de Lanka. Por si acaso no vieras en mí más que un cuadrúmano, toma como testimonio de aquel que me envía este anillo que me entregó Rama para que yo pudiese acreditar ante ti que vengo de su parte.

La linda princesa extendió su mano bella cual una flor de loto, y cogiendo el anillo nupcial que le enviaba Rama, lo humedeció con sus lágrimas y le guardó en lo más profundo de su pecho palpitante de alegría.

* * *

Hanumah después de haber alentado a la princesa con afectuosas palabras, dijo reasumiendo :

—Hoy mismo te conduciré al lado del esposo que te aguarda anhelante. Atiende a lo que te digo, princesa mitilena, la de los cabellos finos como la seda, la de los ojos cual estrellas de azabache... Acércate, sube sobre mis espaldas y agárrate a mi cuello de manera que el vaivén de mi marcha vertiginosa no pueda derribarte.

El mono comenzó a crecer, a crecer de una manera desmesurada y dirigiéndose de nuevo a Sita, que le contemplaba absorta, exclamó :

—¡Mira! he de hacerme rápido como la nube que vuela en las alturas, y mi fuerza es tanta, que podría cargar con toda la ciudad sin que me abrumasen sus caballos ni sus elefantes, sus palacios ni sus murallas, sus bosques ni las colinas que la rodean.

La hija del rey de Mitila contemplaba meditabunda la metamorfosis de su salvador, y abriendo sus ojos tan grandes como los nenúfares, balbuceó con voz trémula :

—Comprendo bien que dices verdad, y que

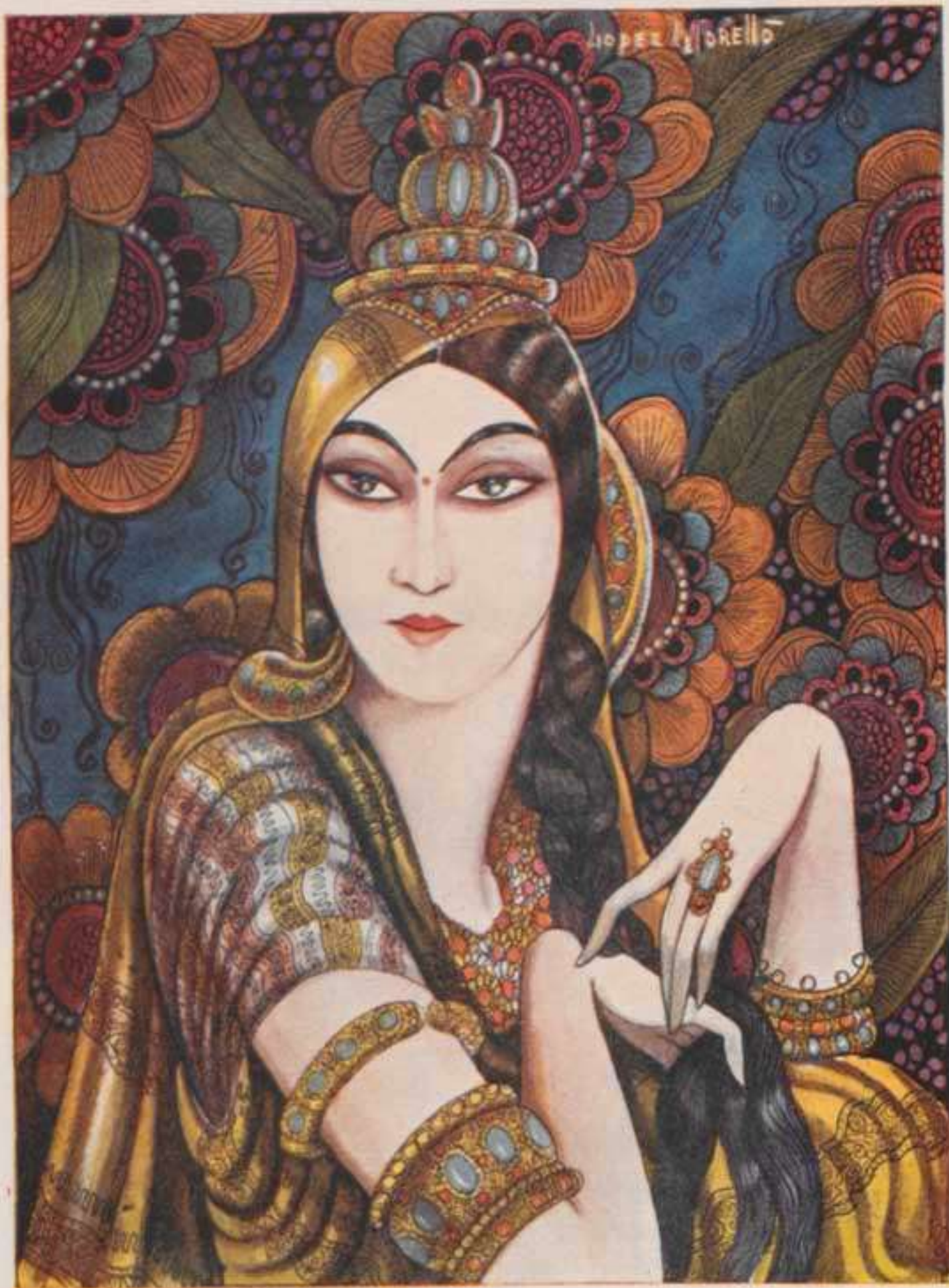
tu fuerza me garantiza que no correré ningún peligro, pero... considera que soy la esposa de Rama, y que, por lo tanto, no puedo ceñir mis brazos al cuello de ningún ser que se asemeje a un hombre.

Quedóse unos instantes silenciosa, y luego deshizo las trenzas que había recogido de su opulenta cabellera, cogió la joya que la sujetaba sobre su nuca y así dijo :

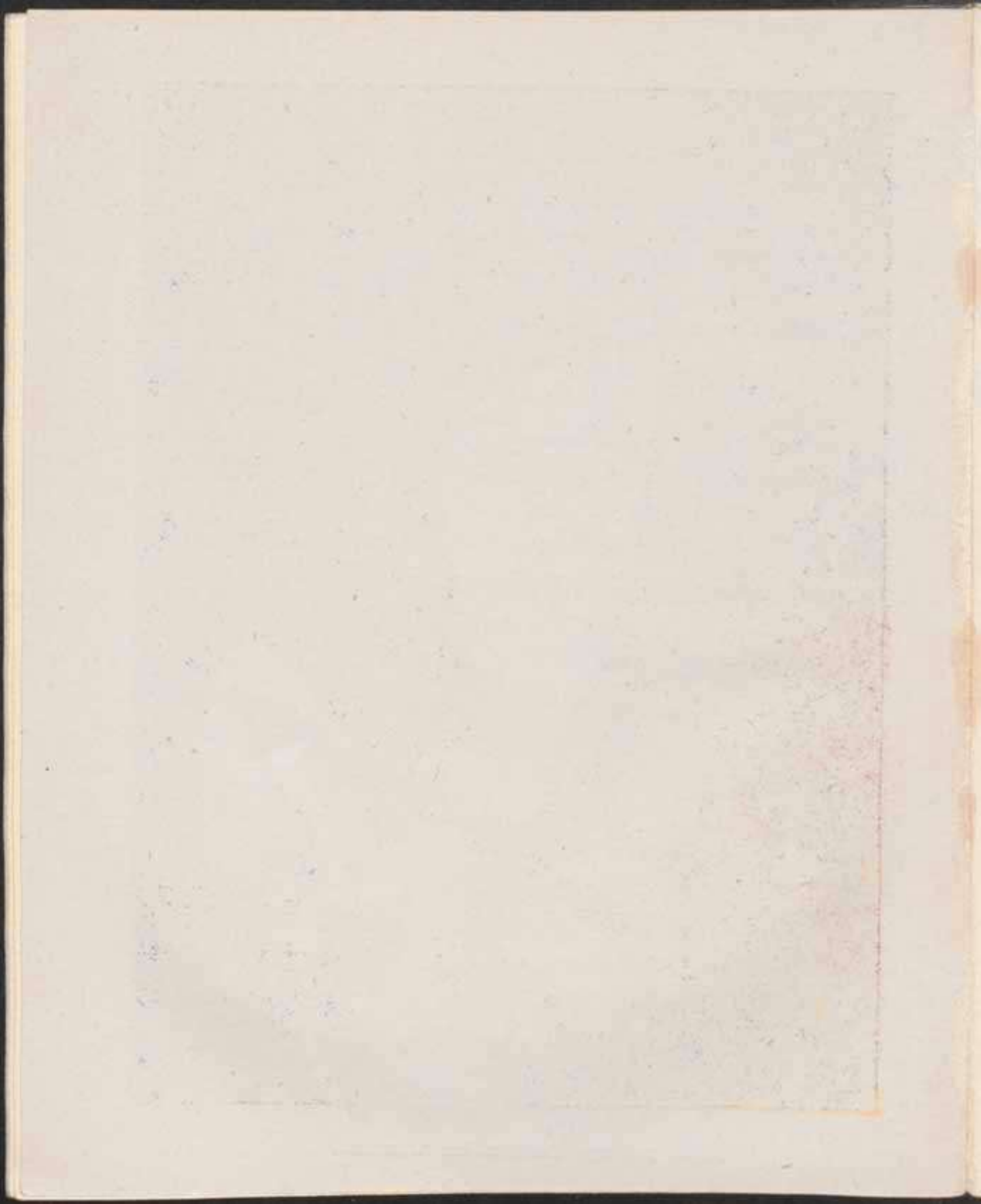
—Entrega este broche a Rama, mi esposo, y dile que Sita, la princesa mitilena, queda tendida sobre la desnuda tierra a la sombra de un azoque con el cuerpo estremecido de dolor, el alma sumergida en un océano de amargura, y el pensamiento fijo en él. Dígnate transmitir a Rama este mensaje, añadiendo que pues él es señor de la tierra y dispone de aceras flechas y vosotros sois un ejército, ¿por qué Ravanna, el terrible enemigo todavía vive?

* * *

Alejóse Hanumah dispuesto a llevar el mensaje, pero antes, queriendo que su paso por el país de los rakasas dejara huella, devastó la



... y luego deshizo las trenzas...



intrincada selva que protegía como muralla natural a la ciudad de Lanka, y abatió los copudos árboles que al caer al suelo, formaron muros naturales y una red de obstáculos.

Antes de que el audaz simio perdiera de vista los contornos de Lanka, Ravanna se había percatado de que un enemigo rondaba por sus dominios, pero ignoraba que éste había venido a realizar el rapto de Sita, rescatándola del poder de los rakasas.

Trabóse terrible combate entre Hanumah y Ravanna que logró alcanzarle y como la fuerza de éste era incontrastable, apoderóse de su enemigo y le ató fuertemente, con un lazo formado de la cuerda del sayal que perteneció a Rama, y fué cogida en la cabaña. Yaciente en tierra en la humilde postura de un vencido, aun el simio tuvo alientos para reclamar de Ravanna, primero con súplicas, y luego con amenazas, la libertad de Sita.

Rió el demonio con sarcásticas carcajadas, y lejos de condescender a la demanda, llamó a sus gentes para que quemasen el rabo a Hanumah, imponiéndole así castigo tan doloroso como humillante.

La proximidad del peligro dió nuevas fuerzas al mono, el que se encogió, se encogió de tal manera cual si fuese un ovillo, que el lazo resultó grande, y pudo escapar. Tan pronto como quedó suelto en medio de la estupefacción de sus enemigos preparados a ejecutar la sentencia de Ravanna, Hanumah fué adquiriendo de minuto en minuto gigantescas proporciones, y como un rayo, cayó sobre la ciudad de Lanka incendiándola por diversas partes.

Realizada su venganza, Hanumah, veloz como la nube, corrió a unirse con su señor Sugrivá, el rey de los simios.

Ambos, sin demora, dirigiéronse en busca de Rama, y Hanumah relató al regio anacoreta punto por punto la entrevista que tuvo en la espesa arboleda con Sita, las quejas de ésta y el ansia que sentía de verse de nuevo reunida a su esposo.

* * *

Ravanna, después de su rápido triunfo, enorgullecido por él, maduraba en la soledad

un diabólico propósito, el de provocar a Rama, que, aunque santo y magnánimo, era nada más que un hombre, vencerle y matarle para conservar siempre en su poder a la linda princesa, que, privada de su esposo, no opondría ya tenaz resistencia.

Entre los infernales rakasas que rodeaban a Ravanna hallábase Vibisana, modelo de prudencia, quien intentó disuadirle de su temeraria pretensión, asegurándole que Rama, aunque hombre, era capaz, por su denuedo y sus excelsas virtudes, de hacer frente a seres sobrenaturales.

—Hasta ahora vencí siempre a cuantos se opusieron a mi paso—repuso Ravanna con soberbia—, y siento el anhelo de habérmelas cara a cara con el asceta de la montaña, y probar en él la fuerza de mi brazo.

Nada respondió Vibisana, que conocía bien el corazón del rey de los rakasas, y la imposibilidad de disuadirle, pero adivinó que en la lucha decisiva que se avecinaba entre el representante del Bien sobre la tierra, el príncipe dazarita, y Ravanna, sería vencido el espíritu del Mal.

Dirigióse Vibisana hacia una montaña bordeando a largos pasos la ribera septentrional del mar que como un cinturón azul rodea la isla de Ceilán. Desde allí elevóse hasta las nubes, y volando, volando, llegó hasta el campamento que los simios con Sugrivá a la cabeza, habían formado en el Continente. Allí les arengó de esta forma :

—Desde las alturas de la nube rosácea en la que estoy sentado os dirijo la palabra, valerosos simios, atended : he venido a este paraje para que me proporcionéis una entrevista con el príncipe Rama, voy a deciros mi nombre. Me llamo Vibisana, y soy el hermano segundo de Ravanna, e intenté inútilmente abrir sus ojos, para hacerle desistir de la contienda en que quiere aventurarse. Una y otra vez le rogué que permitiese que Sita volviera al lado de Rama, pero mis discursos no hallaron eco en él. ¡ La muerte le empuja ! Entonces me decidí a abandonarle ; anunciad vosotros a Rama mi presencia y decidle que vengo a ayudarle en la inevitable lucha.

Descendió Vibisana de la nube, y con él millares de demonios que le acompañaban, pero

que, como el príncipe de las regiones infernales, sentían ya horror del Mal. Sugrivá le recibió con muestras de agrado y les condujo junto a Rama. A la vista del magnánimo asceta, el convicto rakasa sintió su pecho henchido de gozo y desciñéndose las armas que trajera, las colgó de un árbol próximo para prosternarse con sus compañeros ante las plantas del Ravana.

Hay que advertir que el demonio había tomado para estas circunstancias, la forma humana.

Rama no consintió que Vibisana le besara los pies, sino que, levantándole del suelo con la majestad que caracterizara todas sus palabras y ademanes, le dijo simplemente:

—Seas bienvenido.

Vibisana sintió su corazón rebosante de júbilo y, para demostrar que no era efímero el propósito que allí le condujera, dijo:

—¡Oh Rama! tú, el más austero de los ascetas que habitan en las chozas de las montañas, el más fiel en la práctica de las maceraciones, a ti deberé la redención de mis malos hábitos. Vengo a refugiarme a tu lado,

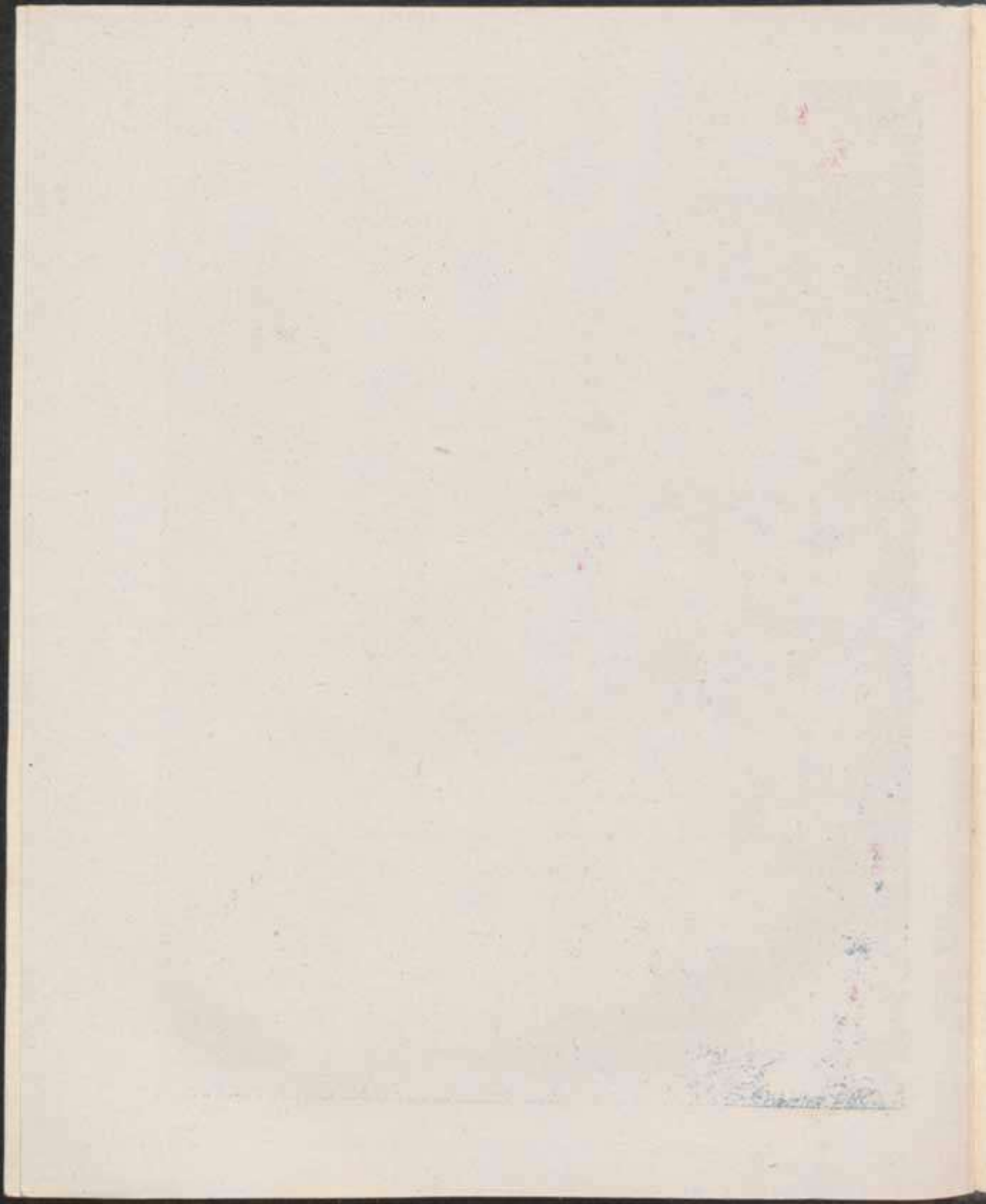
para quedar libre de las alucinaciones perversas que vienen a tentarme. Abandoné la ciudad de Lanka, en la que tenía mis riquezas y mis palacios, vengo a ofrecerte a ti con los poderosos servidores que me acompañan. Celebraré alianza contigo, y conduciré tus ejércitos facilitando de este modo el que puedan ser derrotados los rakasas y caiga Lanka en poder tuyo y de tus amigos.

No respondió Rama a tan peregrina oferta, pero Hanumah y Sugrivá aproximáronse y le interpelaron de este modo :

—Nada puede intentarse si no tenemos medios de cruzar el mar al que guardan millones de monstruos marinos que tienen su albergue en los profundos senos del océano. Los dioses más poderosos no podrán jamás adueñarse de Lanka, y bien supieron lo que hacían los rakasas al establecerse en Ceilán, al amparo de las ondas azules, que circundan su recinto inviolable. Es preciso que construyamos un puente gigantesco que nos permita cruzar el mar.



No tardó el mar en sentir la acometida...



CAPITULO VIII

LOS SIMIOS PASAN EL MAR A PIE ENJUTO. EL DEMONIO INDRAJIT HIERE A RAMA

Transcurrieron las horas en el Consejo sin que se lograra llegar a un acuerdo. Rama, por más que exaltaba sus sentidos en la meditación, no conseguía que el mar se mostrara ante sus ojos, e irritado al fin contra el océano, arrancó de la diestra de Lanmana el arco, le encorvó para asegurar en él las flechas y luego, con un rápido movimiento, disparó sus dardos que se asemejaban a los rayos del cielo.

No tardó el mar en sentir la acometida del Ragava. Las olas comenzaron a encrespase, su espuma tocaba a veces las mismas nubes, y emergieron de las profundidades acuáticas gigantescos tiburones y monstruosos cocodrilos

a la par que entre las ondas flotaban en densas masas, moluscos y algas, apareciendo las aguas marinas semejantes a una líquida humareda.

Contemplaba Rama impasible el flujo y reflujo del oleaje, sin que le impresionara el aspecto de aquellas olas iracundas pletóricas de monstruos de inflamadas fauces. De improviso emergió de entre las aguas una figura cubierta con áureo traje talar al que adornaban guirnaldas de flores rojas y refulgentes diamantes y se aproximó a Rama. Era la representación del mar, quien, por un instante, tomó acento humano para hacerse comprensible al proferir estas palabras :

—Soy el mar, oh Rama!, estoico príncipe dazarita. Prohibo que sobre mí se tienda cualquier puente que humillaría mi poderío, pero te autorizo a que construyas una calzada, y por ese fácil camino, pasaréis tú y los monos que formen tu ejército.

No bien se hubo expresado así, cuando el mar desapareció de la vista de Rama. Los monstruos se sumergieron al mismo tiempo, y ya no se oyó el crujir de las aletas de los

grandes cetáceos, ni los rugidos de las bestias de ígneas fauces, quedando la superficie azul serena y apacible como una alfombra de lapislázuli.

* * *

Sugrivá dió la orden para que comenzara la gigantesca obra, y los monos pusiéronse en seguida a trabajar en la calzada, arrancando con este objeto las crestas de las montañas, y las más ásperas rocas que traían cual simples guijarros ante las plantas de Rama, el que iba dirigiendo la maravillosa tarea.

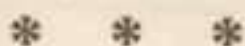
Mientras millares de simios realizaban tales hazañas, otros con el mismo vigor que si fueran elefantes, cargaban en sus espaldas colinas en las que hubiera podido asentarse una ciudad y árboles aun cuajados de flores y frutos.

Empleóse el espacio de un mes trabajando sin descanso día y noche.

Cuando ya estuvo concluída la escollera que aseguraba el paso al ejército de los simios al mando del príncipe, Rama siempre prudente

y magnánimo, destacó al mono Angada enviándole a Ravanna como embajador, para pedirle por última vez la libertad de Sita.

—Haz entender al rey de los rakasas—dijo—que si accede a mis justísimas demandas, nos retiraremos, dando por bien empleado el tiempo que perdimos. El evitará de este modo, la efusión de sangre que habrá de preceder inevitablemente a la conquista de la ciudad de Lanka.



Como la embajada de paz no tuvo éxito, el ejército de los simios, orgulloso de la maravillosa hazaña de atravesar el mar a pie enjuto, avanzó por el territorio de la isla de Ceilán, marchando tras las huellas de Vibisana, hasta llegar frente a los muros de Lanka.

Formáronse por secciones al mando de sus valerosos jefes, satisfechos de combatir por Rama y por el triunfo del Bien.

No estaban desprevenidos los rakasas, quienes aguardaban tras de las grandes puertas de la capital la orden de su señor. A una voz

de éste, giraron las puertas sobre sus goznes, y los rakasas irrumpieron en campo libre con tanta impetuosidad y brío, cual si fuesen aguas del mar que hubiesen refrenado hasta entonces los diques.

Trabóse formidable batalla entre las huestes de los sitiadores y los sitiados, mezclándose los enemigos por lo compacto de las masas que se entrechocaban, y el sol se ocultó tras la línea del horizonte, sin que cesaran las acometidas. La obscuridad de la noche tornó aún más horrible el encarnizamiento de la lucha, y entre las tinieblas asíanse los enemigos por los cabellos, por las gargantas, por cualquier miembro, interrogándose antes de descargar el golpe definitivo.

—¿Eres un rakasa?—preguntaba el simio.

—¿Eres un simio?—demandaba el rakasa.

De la respuesta dependía la vida o la muerte, siendo imposible el engaño, por la diversidad de los acentos de los combatientes.

Los que hallábanse cerca, rugían al escuchar cualquiera de las respuestas afirmativas:

—¡Golpéalo, mávalo, destrúyelo!—gritaban los simios.

—¡Mátalo, arrástralo, córtalo en pedazos! rugían los rakasas.

Rama y su hermano, situados tras de unos frondosos árboles, lanzaban certeras flechas sobre sus enemigos, y como para los príncipes dazaritas las sombras de la noche eran transparentes, iban cayendo rakasas en montones heridos por sus dardos.

Tras de tantas horas de lucha, el campo de batalla ya no era un fértil prado, sino un lodazal al que salpicaban piltrafas de carne humana, y por el que corrían en grandes surcos arroyos de sangre mezclada con el agua, formando, cuando se coagulaba, sanguinolentas masas de lodo.

Las armas que soltaban al caer los combatientes de ambos bandos, yacían en gigantescas pirámides, y ni una sola flor de las que antes embalsamaban el ambiente, pudo resistir el hedor de la atmósfera impregnada ahora de olores nauseabundos.

* * *

El demonio Indrajit, uno de los más poderosos servidores de Ravanna, deslizóse con

cautela sobre la cenagosa superficie, y llegó junto a los dos príncipes, logrando herir primero a Lanmana, y luego a Rama. Los dos hijos del rey Dazarata cayeron en tierra bañados en su propia sangre, e Indrajit, ebrio de júbilo, lanzó una formidable carcajada. Quiso en el acto comunicar al ejército de Ravanna la fausta nueva, y elevándose sobre una de las pirámides formadas por las armas, gritó con acento estentóreo :

—¡ Rakasas ! ¡ el triunfo es nuestro ! Acabo de herir mortalmente a ambos príncipes, y además les he atado las manos con las cuerdas de arcos mágicos, ligaduras de las que no podrán soltarse.

Los rakasas que oyeron tan placentera noticia, comenzaron a gritar al unísono :

—¡ Rama ha muerto, Rama ha muerto ! ¡ victoria por Ravanna !

El pánico apoderóse de la hueste de los simios, e Indrajit, con la celeridad de mensajero de agradable nueva llegó a la ciudad de Lanka, presentándose ante Ravanna a quien comunicó lo que acababa de realizar.

—Poderoso señor de los rakasas—dijo—,

busqué en el campo de batalla, y los hallé junto a frondosos árboles, a los dos príncipes dazaritas. Vengo a hacerte saber que acabo de dar muerte a Rama y a su hermano.

Ravanna transmitió la noticia a Sita, la que estaba sentada junto a la rakasa Tridiata. La joven tuvo la visión del escenario de la lucha, contemplando horrorizada los montones de cadáveres, oyendo los agudísimos gritos de triunfo que lanzaban los rakasas victoriosos, y distinguiendo tendidos en el suelo a Rama y a Lanmana a los que rodeaban los atribulados simios.

* * *

No pudo la princesa resistir tan horrendo espectáculo y cayó al suelo inanimada. La muerte pareció cernirse sobre su linda cabeza, sus mejillas palidieron hasta tomar un matiz ceniciento, sus labios quedaron exangües, sus dulces ojos fueron cubiertos por los violáceos párpados, y apenas un débil soplo permitía adivinar por las contracciones que levantaban su pecho, que aun vivía.

Largo tiempo tardó en recobrar los sentidos, y las lágrimas que empapaban su veste, dieron testimonio de cuan copioso fué el llanto que vertiera. Entonces incorporándose, se expresó así :

—Yo no quiero sobrevivir al esposo magnánimo a quien tanto he amado, pero no me mataré, porque bastará a arrancarme la existencia, el amor que le tengo, y la pena que me embarga al perderle. Una mujer casada sólo halla consuelo y alegría al lado de su esposo ; al faltarle éste, no le queda otro refugio que la muerte.

Los sollozos entrecortaron su voz, pero pronto prosiguió dando forma a su pensamiento.

—La vergüenza empañaría mi buen nombre, si yo te dejara solo en la muerte. ¿Porqué has sucumbido, oh Rama, esposo mío? Por acudir a salvarme del poder de Ravanna, por escuchar la súplica que te hice por medio de Hanumah... Tú, el más noble de los hombres, debes estar ya en los cielos, junto a tu padre, y tus excelsos antepasados. Desde aquí los contemplamos los míseros mortales en esas constelaciones de brillantísimas estrellas que

esmaltan el firmamento. ¡Oh Rama, esposo mío! ¿por qué me has amado, por qué me escogiste por tu compañera en los años felicísimos de mi adolescencia? Vivíamos en nuestro destierro tranquilos en la humilde cabaña que santificaban tus virtudes y tu austeridad, y he aquí que los enemigos vienen a asediarte, que tú mueres, y que tu fiel esposa te sigue a la región ultraterrena. Eramos tres en la montaña: tú, Lanmana y yo, y Lanmana solo volverá al que fué nuestro albergue, para llorar tu triste destino y el mío.

Hizo una larga pausa y acordándose de Kozalia, se expresó así:

—Cuando la reina le pregunte por la suerte de Rama, él se verá obligado a referirle cómo un demonio infernal le arrebató la vida, después de arrancarme a mí de nuestro solitario asilo. La muerte de Rama causará también la de su madre, pues, ¿cómo podríamos ni la reina ni yo, sobrevivir a tan sensible pérdida?

En un arranque de frenesí exclamó:

—Ven demonio, arrebatame en tus alas, y dame la muerte sobre el cuerpo de Rama.

Reúne a la esposa con su marido, satisface así tu envidia y tu odio, y a la vez serás compasivo, pues de esa manera me concedes el único bien al que puedo aspirar ya sobre la tierra.

La rakasa Tridiata no había podido escuchar sin sentirse conmovida, los dolientes acentos de la infortunada princesa, y así, cogiéndola las dos manos, la consoló diciéndola :

—¡ Hermosa reina, la de los ojos tan grandes cual hojas de nenúfares, la de las manos de azulado matiz cual las flores del loto, la del talle flexible y el corazón amante, no te entregues a la desesperación ; tu esposo alienta !

—¿ Cómo lo sabes ?

—Hay señales inequívocas que acompañan siempre a la muerte de los héroes ; cuando falta el jefe principal, es como cuando a un cuerpo se le decapita, vacila, flojéanle las piernas, y cae en tierra el hombre. Cuando es un ejército, huyen los soldados a la desbandada, y no saben ya oponer resistencia a los enemigos. Por el contrario, los simios pasado el pánico que les produjeron las heridas de Rama y de su hermano, se han rehecho en buen orden y se agrupan en torno de los cuerpos de

ambos príncipes. No temas, oh Sita, enjuga esas lágrimas que afean tu rostro. ¡ Rama no ha muerto!... y tal vez tampoco tu hermano.

La sangre acudió a las mejillas de la princesa, una luz de esperanza encendióse súbitamente en su corazón, e incorporándose dijo con acento en el que vibraban su amor y su energía :

—Permitan los dioses, oh Tridiata!, que tu boca haya pronunciado palabras de verdad.



CAPITULO IX

LUCHAS FRENTE A LA CIUDAD DE LANKA. HEROISMO DE HANUMAH. PRIMER COM- BATE DE RAVANNA Y RAMA

Yacía Rama tendido en el campo de batalla, cuando Marut, el Viento, que, como todas las fuerzas de la naturaleza, amaba al hombre magnánimo, se inclinó sobre su cuerpo, y le deslizó al oído estas palabras :

—¡ Levántate, oh Rama ! Tú, el de los fuertes brazos, el de la voluntad inquebrantable, el invencible entre todos los hombres. Reanima las fuerzas de tu espíritu, recuerda que existe en ti un destello de la bondad eterna, y que estás en el mundo para libertarle del poder de los rakasas. Pronto vendrá aquí Garuda, el formidable devorador de serpientes,

el que las tritura antes entre sus fauces ávidas, él os libertará a ti y a Lanmana de ese dogal afrentoso que os ha puesto Indrajit, y que no lo forman las cuerdas de arcos, sino animadas sierpes cuyos lazos no pueden desatar fuerzas humanas.

Apenas el Viento había modulado estas promesas, apareció en el cielo un pájaro inmenso, cuyo cuerpo lo constituía materia ígnea incandescente. ¡Era Garuda! Al verle avanzar con las enormes alas desplegadas, los reptiles huyeron en todas direcciones, el espanto se extendió por la superficie de la tierra, y los simios, no pudiendo resistir el resplandor que despedían las flamígeras alas, cayeron al suelo postrados.

El ave maravillosa distinguió con sus redondos ojos a los príncipes cuyos miembros estaban ya libres de las ligaduras que los agarrotaran antes, pues las sierpes corrieron pávidas a esconderse en sus ocultos cubiles. Garuda descendió hasta casi tocar el suelo: con las plumas de sus alas limpió los rostros de Rama y de Lanmana, y las heridas no sólo se cicatrizaron, sino que, por encanto, hasta las cica-

trices desaparecieron, y ambos quedaron tan bellos y resplandecientes cual si acabaran de bañarse en un rayo de luna.

Una vez que realizó Garuda lo que se propusiera, ascendió hacia lo alto y su ascensión fué tan vertiginosa, cual si lo impulsara más que el batir de sus alas, el soplo de un poderoso vendaval.

Los simios, que poco a poco se fueron serenando del temor y del asombro que les produjo la aparición de Garuda, prorrumpieron en gritos de júbilo, para celebrar la presencia entre ellos de sus jefes vueltos a la vida. Estas estruendosas exclamaciones dieron a conocer a los rakasas que Rama había escapado por influjo divino de la muerte que le infiriera Indrajit, y todos se llenaron de pavora.

* * *

No tardó en extenderse por todos los ámbitos la noticia de que Rama vuelto a la vida por influjo maravilloso, había tomado otra vez el mando de la hueste de los simios. Cerníase amenazador el peligro de un ataque sobre la

ciudad de Lanka, por lo que Ravanna convocó a sus secuaces escogiendo entre ellos al ínclito Dumrasa. Este debía salir a exterminar a los simios cobijados en un espeso bosque al alcance de la voz de Rama, y dar muerte, a serle posible, al magnánimo asceta.

Aceptó gozoso Dumrasa el encargo, y entre diabólicas carcajadas salió de la ciudad ya armado su arco, y desde larga distancia comenzó a lanzar flechas tan rápidas como gotas de lluvia torrencial sobre los monos, quienes, desatentados, y víctimas del pánico huyeron a la desbandada.

Apercibióse Hanumah de la matanza que hacía el rakasa entre sus huestes, y como se sintiera animado por una fuerza sobrenatural, asió un trozo de roca, arrancado con sus fortísimos puños, e iba a lanzarlo contra el rakasa, cuando éste, que tenía en la diestra su incontrastable maza erizada toda de malignas púas, salió al encuentro de Hanumah para descargarla sobre el cuerpo de su enemigo.

Contempláronse ambos de hito en hito, Dumrasa blandiendo su arma, y Hanumah presto a arrojar su gigantesco proyectil roque-

ño. Acometiéronse, y como Hanumah no se preocupó de evitar el golpe, sino sólo de anadar a su adversario, la agilidad de su ademán le sirvió de defensa y fué la roca la que aplastó bajo su peso a Dumrasa, quedando el mono indemne.

* * *

Llegó la nueva de la muerte del poderoso demonio a Ravanna, y éste sin abatirse, ordenó que Akampana, otro terrible espíritu infernal, tomase cuerpo como lo había hecho Dumrasa, y acudiera a exterminar, si aun era posible, el ejército de los simios.

Estos, apenas repuestos de las formidables acometidas con las que les dispersara Dumrasa, volvieron a caer destrozados por las flechas del pujante enemigo que cual tropas de refuerzo en un combate, llegaba al campo de batalla para decidirlo, Hanumah hallábase reposando del esfuerzo que le exigió su ruda lucha, pero no bien apercibióse de que sus parientes y secuaces morían víctimas de la furia de un nuevo rakasa, cuando asió con mano

convulsa la más formidable de las encinas que distinguió en el contorno.

La desarraigó con sus manos de un solo tirón, y blandiéndola, cual si fuese un látigo, descargó tan fuerte golpe sobre su enemigo, que Akampana, lo mismo que había ocurrido horas antes a Dumrasa, cayó en tierra perdiendo la vida.

Llegó rápida cual una centella al palacio de Lanka la noticia de este nuevo desastre, y ya Ravanna no quiso fiarse de ningún otro de los infernales noctívagos, sino que decidió ir en persona a combatir contra aquellos esforzados enemigos.

* * *

No bien el refulgente carro de batalla de Ravanna atravesó las puertas de las murallas de la capital y pudo verse la erguida figura del rey de los rakasas blandiendo su arco y disparando sus inflamados dardos, Hanumah mandó que se retirasen lo más lejos posible los simios que le obedecían y preparóse a hacer frente él solo al regio noctívago.

Para ello se afirmó sobre sus fuertes manos, arrancó un trozo de la montaña escogiendo el paraje en que ésta hallábase cubierta por espeso bosque, y levantando en alto la pesadísima carga, la lanzó contra el carro de Ravanna. Vió el rakasa el ademán, y disparó una nube de flechas contra el proyectil que le amenazaba triturándole de tal modo, que la deshecha tierra y las atormentadas hojas se esparcieron por los aires. Prorrumpió Ravanna en una áspera carcajada, y sin perder un segundo fijó un dardo en su arco, y disparó tan certeramente que atravesó con él el pecho del valeroso simio, quien cayó a tierra exhalando un grito desgarrador.

Hanumah no había hecho más que anticiparse a los deseos de su soberano, el que no hallábase muy lejos. Sugrivá cuando le vió caer, ansioso de vengar su muerte, se aproximó al carro de Ravanna, y tuvo ánimos para apostrofarle de esta manera :

—Oye, monstruo de las entrañas de la tierra, no te temo ; mi brazo derecho levantado sobre ti va arrancarte el alma negra que

habita en tu cuerpo desde inmemoriales siglos y reducirte por fin a la nada.

Los ojos de Ravanna centellearon en sus órbitas sanguinolentas, dejó escapar un rugido más de bestia que de criatura, y desechando todas las armas, blandió su fornido puño contra el enemigo que le amenazaba descargándole un puñetazo en el pecho.

Vaciló Sugrivá, y paralizado por el golpe, giró varias veces sobre sí mismo, y al fin se desplomó sin sentido.

* * *

La noticia de la salida de Ravanna y de su presencia en el campo de batalla, era ya conocida de Rama, quien no vaciló ni un segundo en salir en persona a acometer al noctívago, para lo cual tuvo que escalar las barricadas de cadáveres de simios exterminados en los recientes ataques que llevaron a cabo Dumrasa y Akampana.

Marchaba Rama velozmente, y tropezó con los cuerpos de Sugrivá y de Hanumah. Temiendo que Ravanna enorgullecido con aque-

llos triunfos regresara a Lanka haciendo inútil su propósito de combatir con él brazo a brazo, Rama le llamó desde la larga distancia a la que pudo distinguirle.

—¡Atiende Ravanna, escucha! Soy yo, Rama el asceta, el esposo de la princesa que guardas cautiva quien sale a tu encuentro y viene a castigar tu infamia. En vano buscarías refugio en el centro de la tierra, porque no escaparás a mi cólera.

Lanzó flecha tras flecha contra el carro de Ravanna, pero no pretendía herir al rakasa sino destrozar las ruedas, el estandarte, la sombrilla de seda blanca con mango de oro que le servía de toldo, y dar muerte a los corceles para detener a Ravanna y obligarle a echar pie a tierra.

Estando al fin a pocos pasos uno de otro, Rama disparó un dardo contra el pecho de su enemigo, quien, al recibirle, experimentó tan intentísimo dolor físico, que el arco escapóse de su manos. Al verle desarmado, Rama no quiso aprovecharse de su victoria y matarlo allí mismo, y se limitó arrancarle de la cabeza el adorno que la coronaba semejante a

una refulgente tiara, y a cortarla por la mitad, en forma de media luna, privándole así del signo característico de la realeza entre los de su estirpe.

Luego extendió la mano hacia el desarmado rakasa y pronunció esta única palabra:

—¡Vete!

* * *

Quedó absorto Ravanna, ante la incomprendible generosidad de su enemigo que teniéndole a su merced le perdonaba la vida, y recogió su arco roto después de lanzar una indefinible mirada al destrozado carro y a los muertos corceles, y de pisotear con diabólica rabia, la regia diadema. Erale forzoso volverse a Lanka humillada su gloria y desprestigiado su poder.

Al entrar en el palacio reunió a sus compañeros y secuaces a los que en breves palabras comunicó lo que acababa de ocurrir sin ocultarles el más mínimo detalle.

—Todas mis gloriosas hazañas de innúmeros siglos han sido inútiles. El Mal se ve ven-

cido sobre la tierra, y yo que soy el descendiente y el más alto representante de los infernales espíritus, acabo de verme humillado por un simple mortal. Acudamos todos con nuestras ofrendas a Kumbarcana, el espíritu alentador de las tinieblas, el que ha abatido la altivez de los Danadas, y hagamos que despierte del sueño en que vive aletargado desde que Brahma le lanzó su inapelable maldición. El es un gigante, él solo puede más que todos nosotros los rakasas, y él sabrá destruir las huestes de simios que mandadas por los príncipes dazaritas, pretenden escalar las murallas de Lanka, y privarnos de nuestro inviolable asilo.

CAPITULO X

ESTRAGOS CAUSADOS POR EL DEMONIO KUMBARCANA. RAMA LE DA MUERTE

Atentos y obedientes a las frases de su soberano, los noctívagos que las escucharon corrieron al antro secreto que servía de guarida a Kumbarcana, sin que les detuviese para acercarse a él, el formidable ronquido que exhalaba su pecho, ronquido semejante al fragor de una borrasca en alta mar.

Dormía el monstruo, y el soplo de su anchísima boca, tan negra como una pavorosa caverna, alternaba con silbidos en los que creyérase reconocer el silbo de la más horrible serpiente boa de las numerosas que se arrastran a orillas del Ganges.

Los rakasas pávidos, pero resueltos a cum-

plir la voluntad de Ravanna formaron una rueda en torno del monstruo y para despertarle comenzaron a entonar estentóreos himnos en su loa. Como esto resultara inútil, lanzaron luego furibundos gritos, y asiéndole por brazos y piernas, tiraron de él con tan feroz energía que el sudor de la fatiga empapó sus frentes.

Todo en vano.

Entonces sacaron sus trompetas de metal que relucían cual trozos de luna en noche estrellada, y con ellas atronaron los oídos del durmiente, mientras que otros rakasas salieron afuera para castigar con látigos a sus camellos, sus asnos y sus corceles, sin olvidarse de aguijonear a los elefantes. Las bestias produjeron una gigantesca y discordante algarabía sobre la que se elevaban los redobles de los tambores y el chocar de los timbales que no cesaban de resonar.

Todo en vano.

Viendo que el estrépito no surtía efecto, y que aquella algazara no interrumpía ni por un momento el apacible resoplar del aletargado demonio, y todos los esfuerzos para des-

pertarle eran infructuosos, alguien propuso emplear una estratagema. Imaginaron hacer venir al antro muchas mujeres encantadoras que comparecieron cubiertas con riquísimas vestes y adornadas de las más resplandecientes pedrerías. Allí ejecutaron deliciosas danzas y para que todos los sentidos oyesen la voz de alerta, las seductoras venían perfumadas con las más penetrantes esencias, y la mirra y el áloe quemados en el antro, le llenaron de suavísimos aromas.

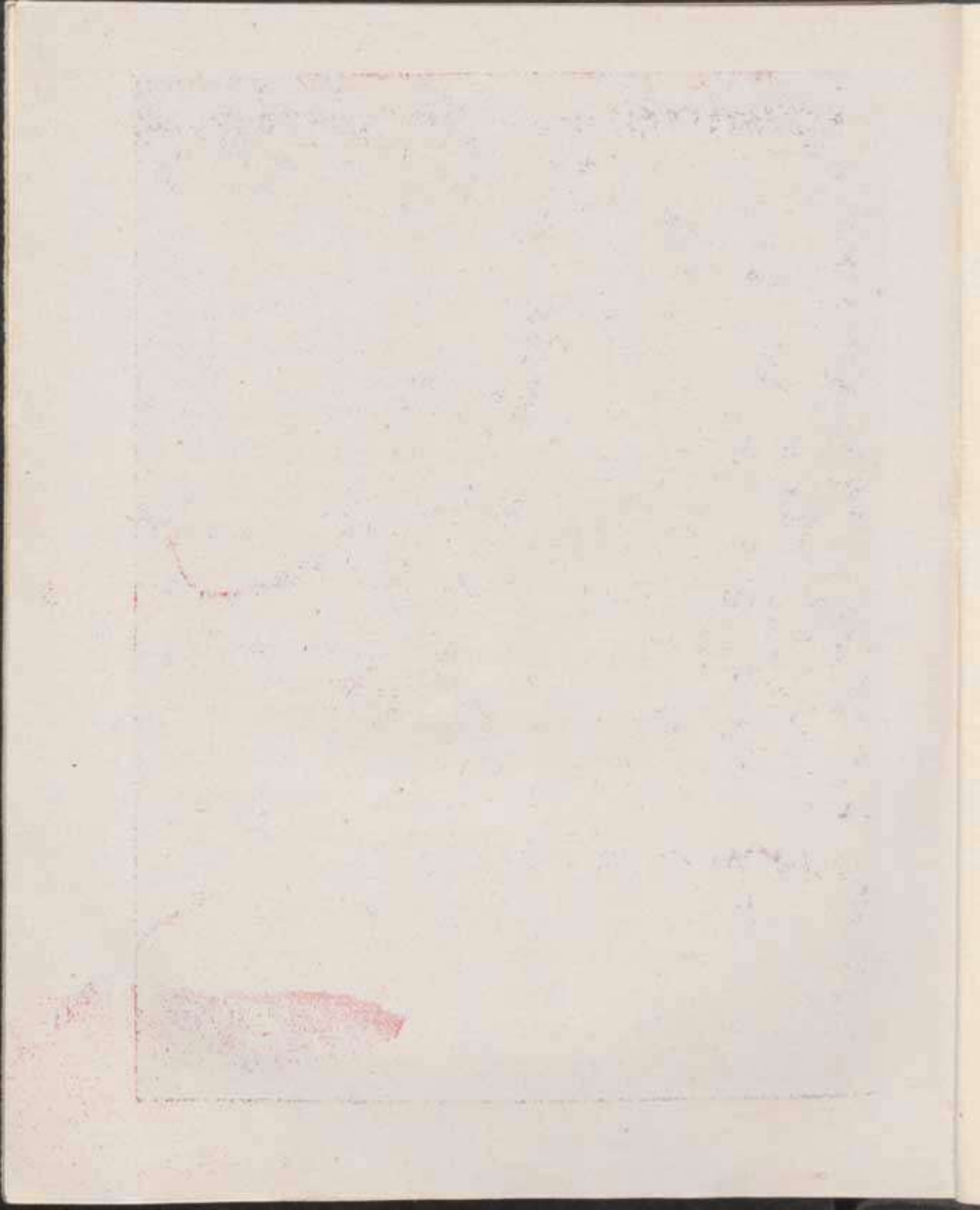
El gigantesco demonio entreabrió los ojos, despertado de su letargo por aquellas melodiosas cántigas, por aquellos incitantes perfumes, y por el leve ruido de las femeninas plantas que se deslizaban en cadenciosos bailes sobre el arenoso pavimento del antro.

* * *

Extendió Kumbarcana sus inconmensurables brazos, bostezó dejando ver una boca tan amedrentadora cual un volcán submarino, y preguntó a los que le rodeaban la causa de que estuviesen allí.



Imaginaron hacer venir al antro...



—Por hallarte sumido en profundísimo letargo—respondió Ravanna que había acompañado a sus secuaces, ignoras los episodios de la lucha, y la desairada situación en que me encuentro. ¿Sabes cuál es la causa? La virtud, y el insuperable denuedo de un hombre, de Rama el príncipe dazarita.

—¿Qué dices?—rugió el monstruo.

—Levántate, dirige tus ojos hacia la ciudad núcleo de nuestro poderío, y contemplarás el maravilloso espectáculo de un inmenso ejército de simios que se aprestan a escalar sus murallas.

—¿Cómo han llegado hasta allí?

—Atravesando el mar a pie enjuto sobre una calzada construída asombrosamente. Tú que eres el más poderoso enemigo del Bien, únete a nosotros, aniquila a Rama y da muerte a todos los guerreros que forman su ejército.

Desperezóse el espantable demonio, dejó oír unos alaridos ensordecedores, y dijo así a su hechura :

—No hay razón para tu cólera, ni para que te desanimas. ¿Quién es Rama? un simple

mortal. ¿Quiénes son sus compañeros? Débiles monos. Si el azar ha permitido que triunfasen hasta ahora de los valerosos rakasas, yo te prometo que he inmolar al príncipe primogénito, y que ni una sola de las cabezas de los que le siguen quedará sobre sus hombros. Sí, Ravanna, para esto no necesito tu auxilio ni el de los tuyos; me basto, iré yo, e iré solo. Que las huestes de los rakasas permanezcan acampadas donde se hallen, y vosotros quedaos todos aquí.

* * *

Apenas había pronunciado estas palabras cuando el colosal demonio traspasó invisible las puertas de Lanka y sólo se supo que había despertado, porque su aliento era tan fuerte, que las olas del océano encrespáronse embravecidas cual si las agitasen las ráfagas de un huracán.

Los monos tomaban algún reposo después de las cruentas luchas que los dispersaran y en las que murieron tantos a manos de los rakasas escogidos por Ravanna entre los más fie-

ros. De su breve solaz vino a sacarles un peligro aun mayor que los anteriores. Kumbarcana en su forma gigantesca apareció entre ellos cogiéndoles uno tras otro cual si se apoderase de insectos. A muchos los devoraba goloso y las destrozadas víctimas desaparecían entre sus ensangrentadas mandíbulas, pero a otros, no alcanzándole el tiempo para aquel bárbaro festín, los tiraba al suelo y los aplastaba, como pudieran hacerlo las enormes patas de un elefante a míseras hormigas.

Algunos rakasas habían acudido a solazarse desde las murallas con aquel espectáculo, y a saciar su odio en los vencidos monos, que, aterrados, no acertaban a defenderse de los embates de Kumbarcana.

Tan pronto llegó a conocimiento del Ragava primogénito que un gigantesco demonio hacía estragos entre sus soldados, tomó con mano firme su arco, aquella arma incomparable que debía a su virtud, y adelantóse para hacer frente a Kumbarcana, y defender a los azorados simios.

Kumbarcana al ver al anacoreta lanzó un rugido que retembló en el universo; de su boca salieron llamas y densísimo humo negro. Agarró la poderosa maza para aplastar con ella la cabeza de Rama, pero el príncipe sin turbarse, disparó dos flechas que se clavaron en el corazón del monstruo.

Dejó éste caer la maza, pero frenético, al verse desarmado, comenzó a dar gigantescas patadas y manotazos, y a tragarse indistintamente a los simios y a los rakasas que habían acudido curiosos.

Rama, con objeto de detener su ímpetu, dirigió una flecha al brazo del demonio cortándoselo a cercén, pero el desprendido miembro cayó en medio de las desordenadas huestes simias, y era tal el impulso que recibiera cuando estaba unido al cuerpo de Kumbarcana, que el cortado brazo repartía golpes convulsos sobre cuantos hallaba a su alcance derribándoles y dándoles muerte.

El demonio con el brazo que le restaba, arrancó una encina para acometer con ella a Rama, pero éste, siempre sereno, consiguió

cortarle el otro brazo evitando así el golpe mortal con que le amenazaba. Kumbarcana, aun privado de los brazos, corría aplastando cuanto hallaba a su encuentro y el asceta, para detener aquella avalancha de horrores, disparó contra las piernas del monstruo, separándolas del tronco. Aun en este estado, Kumbarcana daba saltos epilépticos y continuaba destrozando simios y vociferando horribles imprecaciones que retumbaban como truenos. Para hacerle callar fué preciso que Rama le llenase la garganta de flechas reduciéndole así a no proferir más que sonidos inarticulados.

Conseguido esto, Rama con otro dardo que se forjó en la divina fragua, separó la cabeza del demonio de su mutilado tronco. Kumbarcana lanzó entonces tal alarido, que estremióse la tierra sobre sus ejes, los bosques y las sierras que rodean a Lanka se conmovieron, temblaron las murallas y los palacios, y hasta el mismo mar se embraveció levantando sus olas a inconmensurable altura.

Al caer a tierra el cuerpo de Kumbarcana

aplastó a dos mil monos que quedaron sepultados bajo él.

* * *

Indrajit, el que una vez hiriera a Rama y le atara con las cuerdas de su arco, que aunque tenían esta apariencia eran en realidad animadas sierpes, supo desde donde moraba lo ocurrido en el campo de batalla, y deseoso de que el Bien no triunfara definitivamente, acudió a disputarle la victoria.

Con risa sarcástica, despidió a su ejército de rakasas diciéndoles que era absurdo combatir a pecho descubierto con enemigos tan valerosos como el rey Sugrivá, Lanmana y Rama el asceta. Adoptó pues Indrajit el plan de hacerse invisible, y con la misma impunidad que causa la muerte una letal pestilencia, penetró entre las huestes de los monos cubriendo el terreno de cadáveres de simios víctimas de sus invisibles flechas.

Cansóse de hacer estragos, y después de haber dado muerte a Sugrivá, asestó sus dardos a Lanmana y principalmente a Rama cu-

briéndoles de una nube de flechas. Los príncipes dazaritas no acertaron a defenderse, porque Indrajit permanecía invisible en el espacio.

La perfidia de su ataque tuvo éxito. Primero cayó Lanmana, y luego Rama, quedando ambos yacientes en tierra cubiertos de heridas y desangrándose. Lleno de júbilo por su maldad, Indrajit tendió el vuelo a otras regiones y sus carcajadas entre las nubes resonaron como clarines de victoria. Rama había muerto, y el triunfo del Mal estaba asegurado.

* * *

La diabólica jactancia hizo que la terrible nueva llegase hasta Diambavat, el monarca de los osos, quien fué a avistarse con Vibisana el rakasa regenerado, y le dirigió estas palabras :

Acércate a aquellas frondas y contempla el cuerpo de Rama tendido sobre el césped. ¿Le ves? ¿No te parece que tus ojos se fijan en algo tan resplandeciente como el disco solar? Un espíritu tan noble como el del regio as-

ceta no puede evaporarse, porque la sangre se escape de sus venas; mira a Hanumah, aun alienta. El ejército que cuenta con tales jefes, un héroe y un santo, no debe aceptar nunca la derrota.

Vibisana no dió ninguna respuesta.

Sin desalentarse por este silencio, la peluda bestia sacudió a Hanumah y le dijo:

—Veo que aun respiras, y pues no has muerto, levántate, reanima tus energías, ten valor para salvar a tus hermanos. Atiende a lo que te digo: ¿distingues en el horizonte unas cumbres elevadísimas que se pierden entre las rosadas nubes? ¡Son las cimas del Himalaya! ¿Ves una pequeña mancha amarilla entre ellas? es la montaña Kisaba toda formada de oro y envuelta en cendales de niebla. Mas allá entre dos enhiestas cumbres, verás otra montaña a la que iluminan antes que a ninguna otra, los rayos solares.

—¿Qué he de hacer? —interrogó Hanumah absorto, incorporándose.

—Escala la montaña que te he dicho; en ella crecen las más salutíferas hierbas. A la derecha, entre matorrales, hallarás la planta

cuyo contacto resucita a los muertos, más allá otra que cicatriza las llagas, y que aplicándola sobre las heridas atrae las flechas extra-yéndolas. Otra, que no tiene matiz determinado, sirve para devolver a los cuerpos el tinte de la salud, y la fuerza de la robustez. Corre Hanumah a la montaña santa, arranca las hierbas que te he dicho, y retorna aquí con esas panaceas para devolverles la vida a tu rey, a los príncipes dazaritas, y a tus hermanos los guerreros simios.

CAPITULO XI

HANUMAH ESCALA LAS CUMBRES DEL HIMALAYA. LUCHA ENTRE RAVANNA Y RAMA QUE DURA SIETE DIAS Y SIETE NOCHES CONSECUTIVAS

Las frases de Diambavat devolvieron su vigor al cuerpo del valeroso mono, y Hanumah extendió sus larguísimos brazos tan flexibles como lomos de serpientes. Había sido engendrado por Marut el viento y pudo dirigir su vuelo hacia la cordillera del Himalaya, resuelto a escalar las escarpadas cúspides con el auxilio que le prestaba su progenitor.

Voló largo tiempo hasta distinguir la cordillera en cuyas cumbres ruge el agua en miles de cataratas ocultas entre sus frondosas selvas, y cuya agua elevándose en denso va-

por, mézclase con las mismas nubes quedando todo el panorama envuelto en blanquísimos velos.

Hanumah no se arredró por la majestad del paraje ni por el peligro que representaba el vagar a tan vertiginosa altura, sino que púsose a buscar cuidadoso las plantas medicinales de que le hablara Diambavat, pero fué el caso que estas maravillosas hierbas al ver a Hanumah, y darse cuenta de sus intenciones, se replegaron medrosas entre el espesísimo follaje, y el mono no acertó a descubrirlas.

Irritado Hanumah por su mal éxito, y no queriendo perder más tiempo, decidióse a arrancar de cuajo la meseta de la montaña sobre la que se encontraba y al hacer esto, arrastró consigo las minas de oro y otros ricos metales ocultos en su seno, y los innúmeros elefantes que pacían en sus laderas.

* * *

Dueño de lo que le aseguraba la salud de los príncipes y de los maltrechos simios, Hanumah, sin detenerse un minuto, descendió

a la tierra, atravesando velocísimo con su pesada carga el espacio que separaba el lugar de tantos combates de la cordillera del Himalaya.

Los simples mortales que distinguieron la masa gigantesca formada por Hanumah y la arrancada meseta de la montaña, se llenaron de horror creyendo que otro mundo se cernía sobre el por ellos habitado amenazando destruirle al desplomarse.

La llegada de Hanumah al campamento fué acogida con jubilosos vítores por los simios que aun no habían muerto, y entre todos registraron la selva de la montaña y pudieron apoderarse de las maravillosas plantas.

Dueños de ellas, las fueron aplicando a los cadáveres de los monos aplastados por Kumbarcana, y unos tras otros iban renaciendo a la vida y prorrumpiendo en alabanzas de gratitud a su salvador. Cuando la otra maravillosa planta tocaba a los heridos, las flechas, cual si fuesen seres animados, salían de los cuerpos, las heridas se cerraban y desaparecían las cicatrices dejando los cuerpos como si jamás los hubiesen atravesado las flechas.

No fueron los últimos en volver a la vida Rama y su hermano Lanmana, ni tampoco los más parcos en sus demostraciones de agradecimiento al heroico simio.

* * *

Indrajit, orgulloso del fácil triunfo que obtuviera su perfidia sobre las huestes de los monos y creyendo haber dado muerte a Rama, entró en Lanka, para hacer partícipe a Ravanna de su júbilo, pero deseando asegurar su victoria, y enterado pronto de la hazaña de Hanumah que la hacía inútil pues Rama vivía determinó emplear una estratagema.

Parecía imposible aniquilar al príncipe hi-riéndole en el cuerpo, y por lo tanto era forzoso que la desesperación le desgarrara el alma, y que el mismo asceta se quitase la vida.

Con este objeto, el malvado rakasa modeló el cuerpo de una mujer al que dió las mismas proporciones y rasgos fisonómicos de la princesa Sita, lo cogió en sus brazos, subió con el fantasma a un carro, y apareció en el cam-

po de batalla teniendo la representación de Sita a su diestra.

Los monos distinguieron pronto el fantasma, tomándole, como era lógico, por la propia princesa mitilena, y formáronse en lucidas falanges para acudir bajo el mando de Hanumah a rescatarla. Este, sin experimentar la menor duda de que tenía ante los ojos a la mujer por cuya causa se estaba derramando tanta sangre, precipitóse hacia el carro y trató de acercarse para asirla con sus larguísimos brazos.

Indrajit, a quien animaba el espíritu infernal de Ravanna, reía con formidables carcajadas viendo al engaño surtir su efecto; alejóse en el espacio, y ante los ojos de los enardecidos simios, sacó su puñal de la vaina, y golpeó con él el cuerpo del fantasma que tenía, así como el rostro, la misma voz de la princesa.

Rama... ! Rama... ! esposo mío !, clamaba el fantasma.

Entonces Indrajit con el puñal separó el cuerpo en dos trozos cortándole con tanta facilidad cual si hubiese sido un hilo, y en

medio de horribles imprecaciones, le arrojó a la tierra.

* * *

Exasperado por el triste fin de Sita, y viendo que la contienda carecía de objeto, Hanumah sofocado por el dolor, fué a comunicar a Rama el desenlace de la terrible tragedia de que acababa de ser testigo. El asceta escuchando el relato de la muerte de su bella esposa, víctima de las iras de los rakasas, se desplomó en tierra.

No tardó en volver en sí, y Vibisana que era experto en las infernales artes, le dijo para consolarle.

—Es posible que en lo que cuenta Hanumah, no haya un átomo de verdad. Los infernales espíritus disponen de tantos medios para engañar nuestros sentidos, que Hanumah, creyendo decir verdad, hubiese podido venir a comunicarte que el mar se había secado, pues él había visto su lecho de arena. Es posible que en lo que te ha relatado, haya tanta certidumbre, como si te hubiese comunica-

do la sequedad del mar. Reanima tu espíritu, oh valeroso príncipe, y confía.

* * *

Rama no tuvo un instante de reposo hasta buscar a su terrible enemigo y provocarle para llegar al choque inevitable, previsto y definitivo que debía decidir la eterna lucha entre el Mal, encarnado en un atroz demonio, y el Bien, en un hombre de excelsas virtudes.

Cuando llegó la hora predestinada, Ravana y Rama encontráronse frente a frente, y rakasas y simios formaron círculo en torno de ellos. Ambos combatientes describían evoluciones en el amplio espacio dejado libre para evitar los golpes de los enemigos que se lanzaban certeros dardos. Ravanna, asiendo su arco con diestra convulsa, consiguió clavar inúmeras flechas en la frente del príncipe formándole una corona, mas el intrépido asceta permaneció impasible ante el dolor, cual si llevara las sienes ceñidas con una guirnalda de azulados lotos. Una y otra vez disparaba contra el demonio que permanecía de pie en

su carro. Ravanna devolvía las mortíferas flechas, y como una de ellas rebotase en tierra produciendo agudísimo silbo, cogió otra de las fraguadas por los Asuras, pero el príncipe sin inmutarse, sacó de su carcaj un dardo cuyas puntas eran hocicos de tigres y de leones y picos de buitres y de cuervos. En este instante apareció Lanmana y comenzó a disparar contra el estandarte del formidable demonio, y una flecha suya hirió al auriga del carro de Ravanna. Este agarró su lanza arrojándola contra Lanmana. Rama quiso detener el acero en su marcha, y gritó:

—¡ No llegues lanza, adonde vas dirigida !

Antes de que la frase terminara de salir de sus labios la lanza había traspasado el pecho de Lanmana quien cayó en tierra herido en el corazón.

Ravanna descendió de su carro para subir a otro de brillo aun más resplandeciente, pero el dios Indra, apercebido de que Rama tendría que combatir a pie, ordenó que su carroza áurea, a la que adornaban una bandera con asta de oro y cien franjas de campanillas, le fuese entregada, así como su arco, su coraza,

y su lanza. Rama se apoderó de las ofrecidas armas para continuar la lucha, pero el monstruo infernal de cien cabezas logró arrancar la bandera del carro de Rama, herir a los divinos corceles, y precipitar la carroza en el fondo del abismo.

Viendo al asceta en inminente peligro de ser vencido por Ravanna, los mismos dioses temblaron, el mar encrespó sus olas a tanta altura, que llegaron a besar las nubes, y el sol mostróse empañado, de color de cobre, cual si fuese un disco sucio que se hubiera adherido al firmamento.

La lucha de todos los siglos entre los Dioses y los Asuras, entre el Bien y el Mal, volvía a entablarse, y por todas partes de las etéreas esferas escucháronse estos gritos:

—La victoria para ti, Ravanna, vociferaban los Asuras.

—La victoria para ti, Rama, clamaban los Dioses.

* * *

Ravanna asió una lanza cuyo filo era de diamante, y acometió al príncipe, el cual tra-

taba de defenderse con sus dardos, pero el rakasa utilizaba, devolviéndoselas, las flechas que le eran dirigidas. Rama, henchido de cólera, empuñó la pica del dios Indra, y consiguió destrozar la diamantina lanza del demonio. Al romperse ésta en múltiples pedazos quedó extinto su fulgor y fué nulo su poder.

Prosiguiendo el combate con incansable denuedo, Rama logró herir al monstruo infernal clavándole tres flechas en el pecho y le gritó con calma :

—Voy a castigar la maldad con que me arrebataste a mi esposa. ¡Eres el más vil de los demonios! Tu valor se esgrime contra mujeres indefensas, pero mi magnanimidad ha llegado a su límite, y voy a arrancarte la vida que aun te anima. Aquí mismo tu cuerpo, infame noctívago, servirá de festín a los buitres que vendrán a saciarse en tus entrañas con la misma avidez con que Garuda devora las serpientes.

En este instante de la lucha, aparecieron innúmeros monos que lanzaron una lluvia de piedras. Rama acercóse sin temor a su enemigo y le cortó la cabeza, pero inmediatamen-

te sobre los hombros de Ravanna retoñó otra que Rama segó de nuevo. A medida que iban cayendo en tierra las cabezas del monstruo, nacían otras, de modo que Rama llegó a cortar un centenar de ellas sin conseguir que se extinguiese la vida de aquel infernal demonio. Ravanna hostilizaba al asceta con incessantes dardos, y los episodios de la horrible lucha, tenían por escenario, unas veces la tierra, y otras las regiones etéreas durando sin interrupción siete días y siete noches.

Logró al fin Rama coger un dardo fabricado en el seno de los tiempos por el mismo Indra. Este dardo tenía en un extremo el Viento y en el otro, un trozo de la ígnea materia que forma el sol, y Brahma le había dotado con los estigmas que infunden el terror. El asceta con el alma hirviente de coraje, lanzó contra Ravanna el divino dardo que al caer sobre el gigantesco cuerpo del formidable enemigo le horadó el corazón, y Ravanna cayó desplomado desde la inmensa altura en la que se cernía con su carro sobre la árida tierra.



CAPITULO XII

SITA SE ARROJA A LA PIRA. APARICIÓN
DE LOS DIOSES PARA DEFENDERLA.
RAMA SE CIÑE LA CORONA REAL

Cuando la lucha llegó a su término concediéndole los dioses la victoria, llamó Rama al fiel Hanumah y le dijo :

—Marcha, valeroso simio a la ciudad de Lanka, y rescata a mi esposa, si aun vive. Comunícala que puede estar tranquila, pues ya mi enemigo y el de su reposo, tras de una batalla que duró siete días y siete noches, yace en tierra sin vida. Vanamente sobre sus hombros a medida que les segaba iban surgiendo nuevas cabezas, pues Indra ha querido protegerme y el espíritu del Mal, ven-

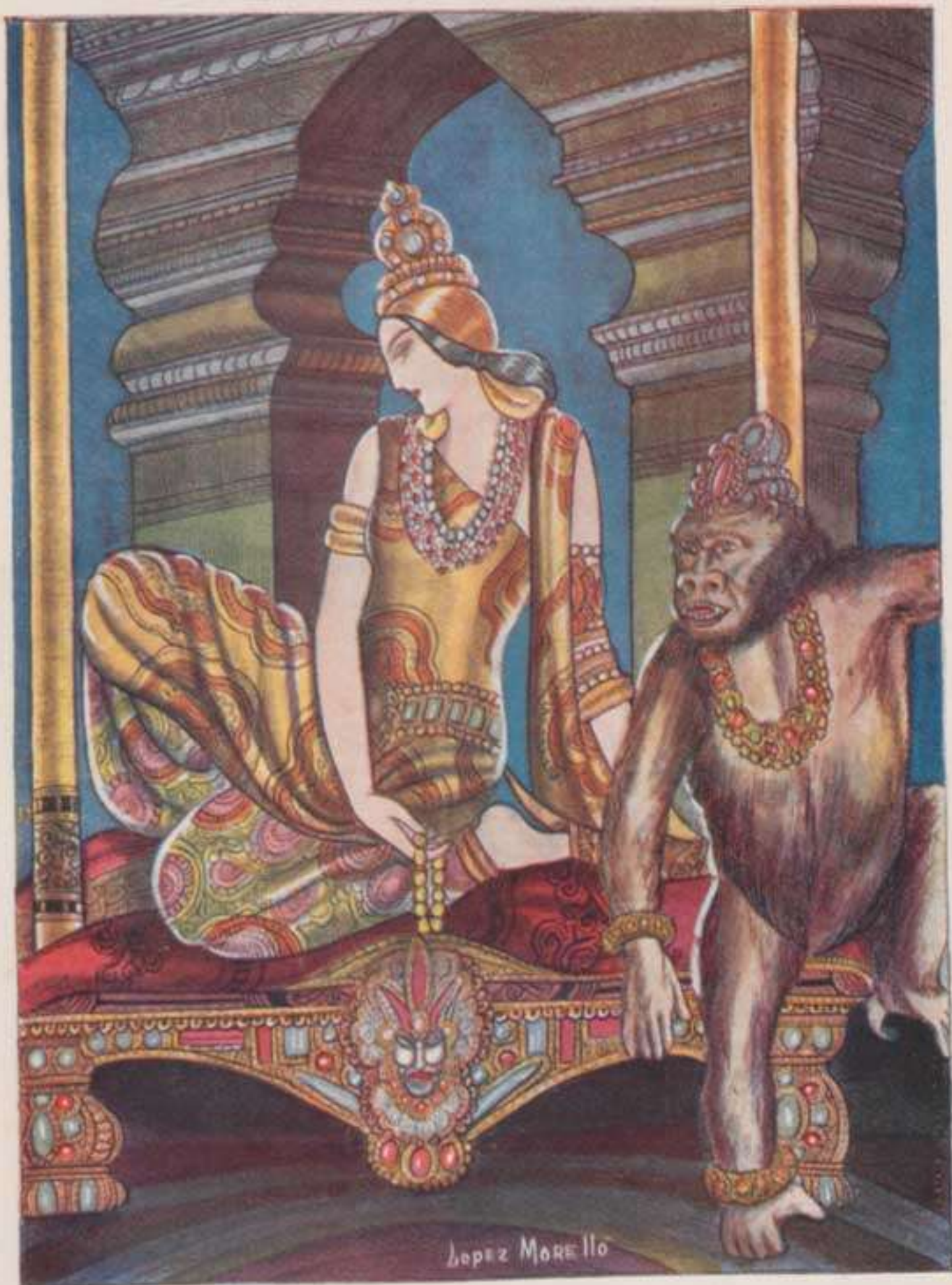
cido, no es más que un fantasma sobre la tierra.

Gozoso Hanumah al escuchar la orden que le confería el grato encargo de ir a buscar a la linda princesa de ojos tan grandes como los nenúfares, a la que hablara una vez en la espesa selva, púsose en seguida en camino, y consiguió llegar sin ningún tropiezo a la ciudad de Lanka.

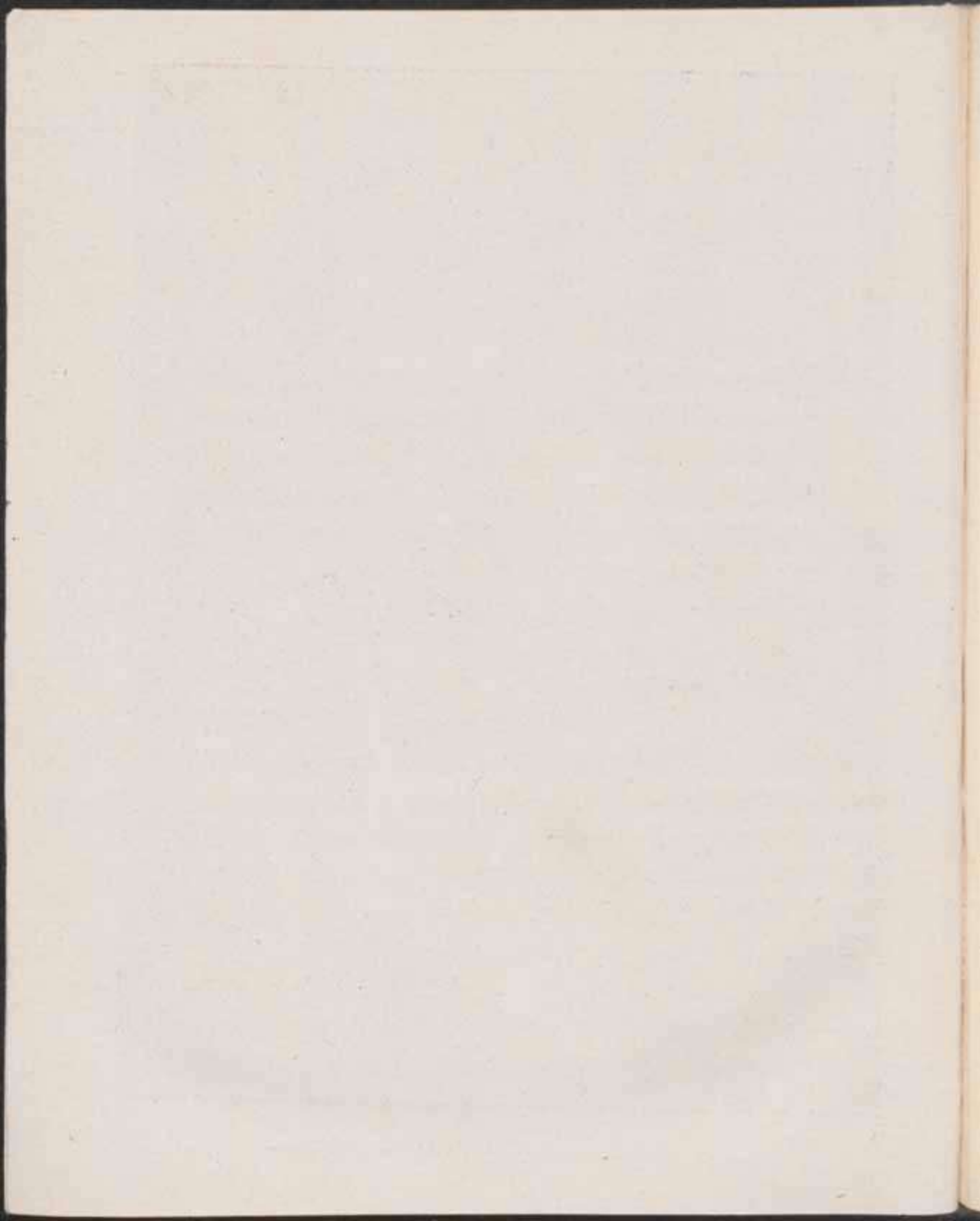
Sita permanecía en el interior del palacio completamente ignorante de los sucesos de los que había dependido su vida o su muerte, pero confiada siempre en que el heroísmo de Rama no se arredraría ante ninguna empresa, por arriesgada que fuera, para rescatarla del poder de Ravanna.

No bien Hanumah expuso su embajada cuando la linda princesa vistióse sus más ricas galas, se adornó con valiosas preseas y joyas, y subiendo a un palanquín de oloroso sándalo adornado con ricas incrustaciones, rogó al simio que la condujera sin demora junto a su amado esposo.

Durante todo el trayecto el corazón de la joven latía aceleradamente imaginándose cuán-



... se adornó con valiosas preseas y joyas...



to sería el regocijo que embargara a Rama al tenerla delante y enorgullecerse de que su desnudo personal hubiese realizado la maravilla de arrancarla del poder del invencible rakasa, dando a la vez término a las continuas devastaciones que el noctívago y sus secuaces hacían sufrir a los habitantes de la tierra.

Ella no cesó un punto de alabar al asceta que la escogiera por esposa, pareciéndole más grande y más noble ahora que cuando le admiraba junto al trono de su padre el rey Dazarata.



Rama, al contemplar a aquella mujer de tan suprema belleza, sintió una gran turbación, pero no pronunció una sola palabra, pues la más lacerante de las dudas se había apoderado de su espíritu. Sus ojos tenían extraña expresión, y un brillo húmedo a consecuencia del esfuerzo que hacía el asceta para contener sus lágrimas.

Asombrada al ver que él no le dirigía frases afectuosas, ni la estrechaba en su brazos,

la inocente Sita, la princesa sin tacha, dejó escapar un raudal de llanto avergonzada ante la numerosa concurrencia de guerreros brahmanes y pueblo que presenciaba absorta la primera entrevista del asceta y su esposa después de larguísima separación y de tan maravillosos acontecimientos.

—Rama... Rama... pudo, por fin, articular la joven fijando en los ojos del príncipe primogénito, una mirada mezcla de júbilo, de amor, de cólera, de pesar y de sorpresa.

Rama permaneció impasible a la muda súplica, sus negras cejas se contrajeron y con voz insegura, pronunció estas palabras :

—No des un paso más hacia mí. He hecho cuanto un hombre puede realizar para que quede lavada la ofensa que otro hombre le infiriera. Ravanna, el rey de los rakasas ha muerto a mis manos ; ya no volverá más a codiciarte... he dejado a salvo mi honor de príncipe y de esposo y te he libertado de tu cautiverio, pero, dime Sita, tú que llevas en las venas sangre de reyes ¿crees posible que un hombre de corazón, descendiente también de centenares de ilustres monarcas pueda dig-

namente volver a habitar con su esposa, después que ésta permaneció largo tiempo bajo el techo de otro hombre, su mortal enemigo? ¿No comprendes que es una locura? En mi alma ha brotado la amarga planta de la desconfianza... nada hay ya entre nosotros, y libre eres princesa mitilena, de ir donde quieras. Escoge el lugar que te plazca entre los puntos cardinales y digámonos adiós sin rencor, pero nada puede haber ya de común entre nosotros.

Quedóse Sita muda escuchando tan duras frases, mas luego, sobreponiéndose a su dolor, balbuceó lentamente cual si cada sílaba fuese una gota de hiel que destilaran sus labios.

—Esposo mío; nunca, ni aun de pensamiento cometí la más leve falta que pudiera empañar tu honor, ni hacerme desmerecer ante tus ojos. Puedan los dioses, naturales protectores de los hombres buenos, darte una felicidad tan segura como es esta afirmación mía. Príncipe a quien acompañé en su vida ascética encerrándome con él entre las frágiles ta-

blas de nuestra choza, si mi castidad, si nuestra vida conyugal no bastan para hacerte tener plena confianza en la virtud de tu esposa que jamás te ha mentado, oye : tu desamor me hiere mortalmente y es la más horrible de las desgracias que pudieran caer sobre mí.

Hizo una pausa en espera de que Rama rectificase sus conceptos, pero como el Raga-va permanecía silencioso, se volvió hacia Lanmana rescatado de la muerte por la bondad de Brahma.

—Escúchame, hijo de Sumitra y el rey Dazarata, y concédeme el único bien que hoy anhele. Levanta para mí una pira de olorosas maderas y enciéndela, pues ella será el único remedio que le quede en su infortunio a esta infeliz mujer. El golpe que acabo de recibir, me hace tan aborrecible la vida que no tengo fuerzas para soportarla.

Lanmana comprendió que no le era posible desobedecerla y preparó la hoguera en cumplimiento de la orden recibida. Rama, inmóvil, lo veía y lo oía todo. Cuando las llamas se elevaron con suficiente fuerza, la linda Sita se prosternó ante las plantas de su esposo, en-

jugóse las lágrimas que humedecían su faz, y de un salto precipitóse en la pira.

* * *

De improviso ocurrió algo tan maravilloso, que jamás han visto nada análogo los seres humanos, y que no sería creíble, a no haber llegado por mediación de Narada hasta Valmiki, autor de este poema en el que lo relata.

Por los aires aparecieron diversas divinidades. Cubera, el rey de las infinitas riquezas que encierran los profundos senos del universo; Yama, el dios de la muerte, considerado como soberano de las altísimas regiones; Varuna, rey de reyes; Siva, el dios de los tres ojos, el augusto e incomprensible creador de toda la naturaleza, y, por último, Brahma, el dios que anima todo lo creado. Tras ellos venía el mismo rey Dazarata, emergido antes del seno de la muerte, y fastuoso en su carroza de oro que le conducía por los aires.

Apenas estuvieron reunidos todos, cuando el más poderoso de los dioses formando copa con sus palmas ahuecadas se dirigió en estos

términos a Rama, el que permanecía ante él con los ojos en el suelo y las manos juntas.

—¡ Oyeme, oh Rama ! ¿ cómo es posible que contemples sin oponerte ni con tus brazos ni con una palabra a que Sita se lance en medio de las llamas ? ¿ Cómo tú, que has recibido el aliento de los mismos dioses te atreves a dudar de la virtud de la princesa cual si fueses un esposo como los demás hombres ?

Inclinándose ante el apóstrofe del dios irritado, Rama replicó :

—Yo soy un hombre igual a los otros, descendiente del ínclito Manú, mi padre es el rey Dazarata y me llamo Rama.

Entonces el espíritu que encierra en sí todo el esplendor del mundo dijo al asceta :

—Escucha la verdad con respecto a tu generación, ya que tu fuerza y tu virtud jamás se desmintieron. Tú llevas en ti la esencia de la verdad, y has venido al mundo para que triunfase el Bien alentando en un cuerpo humano ; ahora que la muerte de Ravanna libertó al universo de su opresor, vuelve noble príncipe, al lugar de donde has partido.

Las llamas entre tanto aumentaban su in-

tensidad, pero aquel fuego ardentísimo no producía humo, ni había abrasado las blancas carnes de la linda princesa. Por último, el fuego se condensó en un cuerpo, asió a Sita por los pliegues de su traje talar de riquísima seda escarlata adornado con guirnaldas, y la puso en los brazos de Rama, pronunciando en su misterioso lenguaje estas palabras:

—Recibe Rama a tu esposa sin mancilla, a la noble joven que supo resistir las infernales asechanzas del demonio. Yo soy el fuego, el que todo lo purifica, el que todo lo ve, el que descubre lo que está oculto, y yo te garantizo que no hay en tu esposa ni el más leve asomo de culpa.

* * *

El rey Dazarata creyó llegado el momento de hablar y dijo:

—Rama, príncipe primogénito, modelo de héroes y de ascetas, tú, que por acatar la autoridad paterna viviste catorce años en la selva virgen llevando una existencia de maceraciones sin otra compañía que la de tu esposa

y la de Lanmana, regresa a Ayodia, pues terminó el plazo del destierro que te impuse para cumplir la promesa hecha irreflexivamente a Kekeyi; ahora te ordeno que salgas de los bosques, vuelvas a vivir como corresponde a tu rango, y compartas el gobierno del Imperio con tus hermanos.

Dazarata había logrado después de su muerte obtener un puesto entre los dioses y por eso acudió con ellos para defender a Sita, pero terminada su misión, elevóse por los aires, desapareciendo a la vista de todos.

Iban a alejarse también las inmortales deidades, pero Indra no quiso hacerlo sin decir antes al príncipe:

—Los dioses están satisfechos de tu conducta y de la magnanimidad y denuedo con que has cumplido tu destino bajo el sol; si algo deseas, dínoslo, y te complaceremos.

Rama, que estrechaba en sus brazos a su linda esposa, apenas repuesta de las tremendas emociones del momento supremo contestó con estas palabras:

—Puesto que eres soberano del mundo, y es tan grande tu poder como tu bondad, yo

te ruego que todos los simios que han combatido valerosamente por ti, muriendo en las batallas, gracias a las cuales pudimos conquistar la ciudad de Lanka, y destruir a los rakasas, recobren la vida. Haz, oh Indra poderoso, que las regiones habitadas por los simios, se vean siempre prósperas, y broten en ellas árboles frutales, sabrosas raíces y múltiples flores de penetrante perfume, para que no conozcan jamás la esterilidad del invierno.

Indra, enternecido por aquella súplica a favor de los que le fueron leales, ordenó que cayese sobre el campo de batalla una lluvia torrencial de tan mágicos efectos, que al humedecer los cuerpos de los monos que habían muerto, comenzaron unos tras otros a incorporarse de donde yacían, y corrieron todos prosternándose ante Rama, a quien aclamaron por su soberano señor.

* * *

Como ya había terminado el plazo del destierro, y el mismo rey Dazarata compareció para ordenar a su hijo que abandonara su ca-

baña en los bosques, Rama, seguido por Sita, por su hermano Lanmana y por una escolta de valerosos simios, púsose en camino para Ayodia. Tan pronto como Bharata tuvo noticias de que el primogénito se aproximaba a la ciudad, salió a su encuentro con ostentoso séquito y le entregó el cetro del Imperio, y la diadema que ciñera las sienes del rey Dazarata.

Aceptó Rama gobernar el país conforme los deseos del difunto rey y de todos los habitantes, reinando con la magnanimidad y nobleza que caracterizaban sus obras, queriendo que sus hermanos le ayudasen en el estudio de las necesidades de sus súbditos.

Como ya había vencido a los terribles rakasas, el reinado de Rama fué no sólo el más grande, sino el más floreciente que conocieron nunca los siglos.



**LAS OBRAS MAESTRAS
AL ALCANCE DE LOS NIÑOS
(COLECCION ARALUCE)**

PUBLICADOS

- | | |
|--------------------------------------|---------------------------------------|
| 1 Historias de Shakespeare | 22 Los Caballeros de la tabla redonda |
| 2 Los héroes | 23 Cántico de Navidad |
| 3 La Divina Comedia | 24 La cabaña del tío Tomás |
| 4 Historias de Andersen | 25 La Infantina de Francia |
| 5 Guillermo Tell | 26 El Paraíso perdido |
| 6 Cuentos de Grimm | 27 Los Lusíadas |
| 7 Viajes de Gulliver | 28 La gitánilla |
| 8 Historias de Wagner | 29 Cuentos de Edgard Poe |
| 9 Don Quijote, 1.ª parte | 30 La Araucana |
| 10 » » 2.ª parte | 31 Orlando Furioso |
| 11 Más cuentos de Grimm | 32 Tradiciones hispanas |
| 12 La Odisea | 33 Hazañas del Cid |
| 13 La Ilíada | 34 H. de Lope de Vega |
| 14 La Canción de Rolando | 35 El Lazarillo de Tormes |
| 15 Historias de Chaucer | 36 La Encida |
| 16 Historias de Calderón de la Barca | 37 Cuentos de Hoffmann |
| 17 Fábulas de Esopo | 38 Historias de Molière |
| 18 Más historias de Shakespeare | 39 Más historias de Andersen |
| 19 Robinson Crusoe | 40 Historias de Goethe |
| 20 Ivanhoe | 41 H. de Ruiz de Alarcón |
| 21 Cuentos de la Alhambra | 42 Historias de Schiller |

Grandes hechos de los grandes hombres

Cristobal Colón. Su vida, sus viajes.	Julio César.
Alvar Núñez Cabeza de Vaca.	Hernando de Magallanes.
El Gran Capitán.	Fray Luís de León.
Juan Sebastián El Cano	Miguel Angel.
El Cardenal Cisneros. Su vida, su obra.	Calderón de la Barca y sus autos.
Miguel Servet.	Séneca.
Vasco Nuñez de Balboa.	Stanley.
Jorge Washington.	Francisco de Goya.
El Duque de Alba.	Benjamín Franklin.
Don Juan de Austria.	Luis Beethoven.
Miguel de Cervantes.	Ricardo Wagner.
Leonardo de Vinci.	Simón Bolívar.
Alejandro Magno.	Quevedo.
Carlomagno.	Nelson.
	Pericles.

Cada tomo (9 láminas en color) Pesetas 3

Páginas brillantes de la historia

Historias de las Cruzadas.	María Antonieta.
Francisco de Pizarro.	Alfonso X el Sabio.
Hernán Cortés.	Don Alvaro de Luna.
Isabel la Católica.	Almanzor.
Raimundo Lulio.	Alí Bey.
Jerusalén libertada.	Teresa de Jesús.
Juana de Arco.	Los héroes de Trafalgar.
María Estuardo.	Imperio de los Incas.

Cada tomo (9 láminas en color) Pesetas 3

- | | |
|---|------------------------------------|
| 43 Historias de Tirso de Molina | 57 Aventuras de Till |
| 44 Amadís de Gaula | 58 Fábulas de Samaniego |
| 45 Las mil y una noches | 59 Historias de Sófocles |
| 46 Más mil y una noches | 60 La tienda del anticuario |
| 47 Historias de Eurípides | 61 Historias de Corneille |
| 48 Trovas de otros tiempos | 62 Entremeses de Cervantes |
| 49 Sigfrido (La leyenda de) | 63 Historias de Aristófanes |
| 50 Historias de Esquilo | 64 Historias de Lord Byron |
| 51 Historias de Herder | 65 Historias de Tennyson |
| 52 Historias de Gil Blas de Santillana | 66 Leyendas de Oriente |
| 53 Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno | 67 Aventuras de Telémaco |
| 54 Cuentos de Perrault | 68 La Campana de Huesca |
| 55 Cuentos de Schmid | 69 Los argonautas |
| 56 Aventuras del Barón de Münchhausen | 70 H. de Ramón de la Cruz |
| | 71 H. de Vélez de Guevara |
| | 72 El Ramayana |

**Cada tomo (9 láminas en color) lujosamente encuadernados
Pesetas 2,50**



- 1. Historia de España
- 2. Geografía de España
- 3. Literatura de España
- 4. Arte de España
- 5. Historia de América
- 6. Geografía de América
- 7. Literatura de América
- 8. Arte de América
- 9. Historia de Europa
- 10. Geografía de Europa
- 11. Literatura de Europa
- 12. Arte de Europa
- 13. Historia de Asia
- 14. Geografía de Asia
- 15. Literatura de Asia
- 16. Arte de Asia
- 17. Historia de África
- 18. Geografía de África
- 19. Literatura de África
- 20. Arte de África
- 21. Historia de Oceanía
- 22. Geografía de Oceanía
- 23. Literatura de Oceanía
- 24. Arte de Oceanía
- 25. Historia de la Humanidad
- 26. Geografía de la Humanidad
- 27. Literatura de la Humanidad
- 28. Arte de la Humanidad

Este libro es propiedad de la biblioteca de la Universidad de Sevilla.

Sevilla, 1980.

El presente libro es una obra de carácter científico y de interés general, que trata de la historia y geografía de España y América. El autor, D. Juan de los Ríos, es un eminente historiador y geógrafo español. El libro está dividido en dos volúmenes, uno de historia y otro de geografía. El primer volumen trata de la historia de España y América, desde sus orígenes hasta el presente. El segundo volumen trata de la geografía de España y América, desde sus características físicas y humanas hasta el presente. El libro es una obra de gran valor científico y de gran interés general, que merece ser conocida por todos los españoles y americanos.

